

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



EL PUENTE DE LOS SUICIDAS

Edición de Juan Antonio Ríos Carratalá

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “El puente de los suicidas”:
Juan Antonio Ríos Carratalá.

EL PUENTE DE LOS SUICIDAS

(Comedia dramática en tres actos,
el tercero dividido en tres cuadros)

A Camilo José Cela¹

1 Víctor Ruiz Iriarte, en julio de 1944, organizó en el café Gijón un banquete para celebrar la publicación de *Pabellón de reposo*, de su contertulio y amigo Camilo José Cela, a quien dedica esta obra algo alejada de los gustos del futuro premio Nobel. Su respuesta fue poco amable: «No creo que el teatro español, mejor dicho, la comedia española, aguante diez obras como la tuya» (*La Estafeta Literaria* 7 (15 jun.1944): 10). No obstante, Cela había publicado poco antes un huero artículo, «La huella de la sinceridad. 1. Víctor Ruiz Iriarte, escritor para teatro» (*Ya* (8 feb. 1944): 5) donde afirma cosas que suenan insinceras: «En estas dos comedias [...] que acabo de leer, en *Un día en la gloria* y en *El puente de los suicidas* se encuentra el germen, en ocasiones magistralmente próspero y lozano, de lo que a nuestro juicio a de constituir la reactualización del teatro en España, periclitado ya (hablo de un periclitarse triunfante, claro es; de un marcharse después de haber vencido) el magnífico ciclo benaventino».

Esta comedia se estrenó por primera vez en España el día 2 de junio de 1944, en el teatro Principal, de San Sebastián,² y, en Madrid, el 6 de febrero de 1945, en el teatro Reina Victoria.³

En el Principal (San Sebastián):

Isabel.....	MARÍA ARIAS ⁴
Mary.....	MARUJA MUÑOZ
Una muchacha.....	CARMEN RUIZ
La señora.....	CONCHA CASTAÑEDA
Daniel.....	FÉLIX DAFAUCE
Míster Brummell.....	PEDRO GIL
El General.....	JESÚS NAVARRO
Pedrín.....	MANUEL GUIÑÓN
El Jefe Superior de Policía.....	CÉSAR MURO
Dovalín.....	CARLOS JURADO
El Ciego.....	ROBERTO ZARAZAGA
El Chico.....	VISSI FERNÁN
Un muchacho.....	RAMÓN OTEIZA
Un caballero.....	ALFONSO ZAPATER

2 Sin embargo, el 27 de mayo de 1944 la compañía había dado una «première» para invitados en el teatro María Guerrero de Madrid antes de iniciar la gira por provincias. Según la reseña publicada en *Informaciones* dos días después, «primero leyó unas cuartillas el poeta Federico Muelas y, en el último entreacto, Alfredo Marquerie habló, con el ingenio y la finura que le son habituales, del autor y de su obra». Recordemos que el crítico ya había elogiado el estreno de *Un día en la Gloria*. Finalmente, Julio Trenas en *La Estafeta Literaria* dio cuenta de un banquete celebrado el mismo día en homenaje al nuevo autor. Víctor Ruiz Iriarte tendría motivos para prometérselas felices.

3 La obra apenas aguantó veinte días en Madrid y tuvo una acogida muy desigual en las diferentes provincias donde se representó, pero la compañía de Tina Gascó también la estrenó en Barcelona (9 ene. 1946).

4 María Arias entró en contacto con Víctor Ruiz Iriarte a través de Enrique Jardiel Poncela, en cuya casa el nuevo autor había leído *El puente de los suicidas*, en fecha no determinada. Poco después, unos amigos de Jardiel se dispusieron a formar compañía, y la Arias sería la primera actriz. A propuesta de Jardiel, y para sorpresa del novel, la nueva compañía decidió contar con *El puente* para el repertorio de una gira veraniega.

En el Reina Victoria (Madrid):

Isabel.....	TINA GASCÓ
Mary.....	NANI FERNÁNDEZ
Una muchacha.....	PEPITA MARTÍN
La señora.....	JULIA BERRY
Daniel.....	FERNANDO GRANADA
Míster Brummell.....	FRANCISCO ARIAS
El General.....	GASPAR CAMPOS
Pedrín.....	ALBERTO SOLA
El Jefe Superior de Policía.....	MANUEL VIVARES
Dovalín.....	MANUEL D. SABATINI
El Ciego.....	ANTONIO ESTÉVEZ
El Chico.....	CARMELO GANDARÍAS
Un muchacho.....	JOSÉ MARTÍN
Un caballero.....	FRANCISCO P. CAMOIRAS

La acción del primer acto, en el arrabal de cualquier gran ciudad del mundo.
Segundo y tercero, en el campo, cerca de la misma ciudad

ACTO PRIMERO⁵

De noche. Puente sobre el río. Tufo y cariz de suburbio o arrabal. Por el fondo cruza la escena un pretil de piedra en mampostería, de regular altura, interrumpido a un lado por el hueco que sirve para el embarque y desembarque de las mercancías que de día portan los lanchones por las aguas feas, espesas y tremendas del río... Unos farolillos. Lejos, lucecitas de la ciudad, que está próxima. El pavimento es también de piedra en losas, como en el muelle o en los «docks». Un banco adosado al pretil. Desde abajo, misterioso y disgustado, llega el vaho del río. Y detrás, un cielo intenso, oscuro, profundo... Se alza el telón. Óyese, mientras, un violín que toca un viejo vals romántico «fin de siècle». Hay en el banco de piedra un grupo peregrino: dos mendigos. Un anciano, ciego y astroso, vestido de negro, con su barba en desaliño, y sus melenas blancas asomando en revoltijo bajo el ala de su sombrero. Gafas de vidrio negro. Cuando se mueve está dulcemente cansado. Toca el violín con la cabeza baja. Junto a él, mohíno y adormilado, el chico: un rapaz de unos diez o doce años, sucio y vivo, con su cara de pícaro precoz, entristecido. Por el fondo, de vez en vez pasa, silencioso y aburrido, un guardia urbano. Al poco, cruza la escena una pareja graciosa: el Señor y la Señora. Un matrimonio de clase media. Ella, tímida y regordeta. Él, gordinflón, burócrata y orondo. Cogidos del brazo y en silencio, desaparecen.

CHICO.—(*En un bostezo*) Abuelo, no lo puedo remediar. Me revienta el violín.

CIEGO.—Hijo... (*Cesa la música*).

CHICO.—Si por lo menos tocase usted otra música...

CIEGO.—Es un bonito vals.

CHICO.—Quia. La de los soldados. Esa sí que es buena. (*Silba un aire marcial*) Da gusto... (*Transición*) Abuelo, ¿sabe dónde estamos?

CIEGO.—(*Sonríe*) Sí... En el puente. Como todas las noches. Encima del río.

⁵ Existen dos versiones de la comedia. La primera fue publicada en la revista *Garcilaso*, números 5 (sept. 1943), 6 (oct. 1943) y 7 (nov. 1943). Ese mismo año y en Gráficas Urbina de Madrid se editaron cien ejemplares de la versión inicial. La segunda y definitiva apareció en el volumen *Tres comedias optimistas* (1947, 34-88). Véase Víctor García Ruiz. «Los textos de *El puente de los suicidas* de Víctor Ruiz Iriarte». *Notas y Estudios Filológicos* (UNED) 1 (1984): 161-171. Seguimos la versión de 1947.

CHICO.—Eso... Pero yo tengo frío. Y sueño.

*(Una pausa. Está casi dormido. El viejo inicia «pianísimo» en su violín una vieja pavana)*⁶

Diga, abuelo. ¿Por qué venimos aquí todas las noches?

(Entra, digno, presuroso, solemne, vestido de oscuro, el Jefe Superior de Policía. Voz grave)

EL JEFE.—¡Chis! ¡Guardia!

GUARDIA.—Caballero.

EL JEFE.—Oiga... Soy el Jefe Superior de Policía.

GUARDIA.—¡Excelencia!

EL JEFE.—Vaya usted allí, donde termina el puente. Encontrará un caballero. Es el detective Dovalín. Dígale que le espero.

GUARDIA.—A sus órdenes, Excelencia.

(Saluda y se va. Una pausa. El Jefe pasea un momento. Entra Dovalín, vulgar y joven)

DOVALÍN.—Señor... A sus órdenes.

EL JEFE.—Buenas noches, querido. Magnífica puntualidad. Se comprende. Está usted intrigadísimo. *(Sonríe)* Una cita en la madrugada para realizar un importante servicio y, en realidad, aún no sabe ni una sola palabra.

DOVALÍN.—Justo, Excelencia. Tengo una curiosidad...

EL JEFE.—Muy bien... *(Una pausa)* Supongo que usted, como hombre joven, tiene un poco de imaginación. Seguramente, demasiada imaginación. Por eso decidí encargarle este servicio...

DOVALÍN.—Gracias, señor.

EL JEFE.—En este puente hay un misterio, Dovalín.

DOVALÍN.—¡Oh! ¿Un misterio?

EL JEFE.—Sí...

(Vuelven de nuevo el Señor y la Señora)

⁶ *Pavana*: danza común en Europa durante el siglo XVI; aquí se aplica a la música que acompaña a una danza.

SEÑORA.—Vamos. Deprisa. Quiero llegar pronto a casa.

SEÑOR.—¡Oh!

SEÑORA.—Calla... Van a oírte. Este sitio tiene muy mala fama. Creo que todas las noches se suicida alguien. ¡Figúrate!

SEÑOR.—¡Bravo!

SEÑORA.—Pienso cosas tremendas. No puedo evitarlo. Y luego, en casa, me acometen insomnios horribles y no puedo dormir. Sueño... Estos individuos que se suicidan y no les importa dar un escándalo son gente muy poco seria. Es imposible que una persona de orden se suicide.

(Pasan ahora junto al Ciego y el Señor deja caer unas monedas. Salen)

DOVALÍN.—*(Pensativo)* No acierto, Excelencia. Este es un lugar como otro cualquiera.... La gente viene a pasear por aquí. Quizá tiene cierta atracción ver la ciudad de noche un poco lejos... Hay parejas de enamorados, estos mendigos... Y algunos hombres tristes. Eso, sí. Pero ¿qué sería de las noches en el arrabal sin algunos hombres tristes? Los extranjeros no nos perdonarían que careciéramos de ellos.

EL JEFE.—Amigo mío... Olvida usted la tremenda popularidad que ha adquirido esto. Y es que, a veces, esos hombres tristes llegan aquí, pegan un brinco y izas!, se zambullen en el agua. Así, tranquilamente, con una horrible falta de educación, sin preocuparse en absoluto de lo molestísimo que todo eso resulta para las autoridades. *(Abrumado)* Es imposible meterlos en cintura. Todo es inútil. El Ayuntamiento ha prohibido que la gente se suicide por aquí. Pues, nada. Como si no.

DOVALÍN.—La gente no tiene el menor respeto para las ordenanzas municipales. Es una pena.

EL JEFE.—Calle usted. Un asco. Pero ahora sucede algo de muchísima importancia. En esto ha de consistir su trabajo, Dovalín. Se trata de saber dónde están algunos falsos suicidas.

DOVALÍN.—*(Atónito)* ¡Excelencia!

EL JEFE.—Oiga... Me consta que algunos desaparecidos no llegaron jamás a arrojar al agua. Verá... Hace tiempo ocurrió en la ciudad un suceso pintoresco. El cajero del Banco Nacional estafó un millón de pesetas a la caja. Era un hombre extraño, poseído de fiebre por los grandes negocios. Sustraía diversas cantidades, de plazo en plazo, que invertía en colosales jugadas de Bolsa. Al final había estafado un millón de pesetas... Su pobre cerebro tuvo un instante de lucidez. Comprendió su delito. Y una noche,

de madrugada, salió de casa. Varias personas le vieron llegar aquí. Al otro día los periódicos publicaron su suicidio. Todo acabó. Pero, en realidad, no fue así. La policía buscó su cadáver. En las orillas del río, en el fondo, en los parajes donde aparecen siempre los cuerpos de estos infortunados. Inútil. El cadáver no estaba en el agua. ¿Adónde fue?

DOVALÍN.—Pero es increíble.

EL JEFE.—¡Ah! Sorprendente... Poco tiempo después hubo un nuevo suicidio, lleno de misterio. Era una mujer.

DOVALÍN.—¡Una mujer!

EL JEFE.—Sí. Una joven profesora de piano del Conservatorio. Por lo visto, demasiado romántica. Ya se sabe que esta clase de mujeres tiene poquísima seriedad. Se suicidó por una desventura amorosa. Pero tampoco se halló su cadáver. Su desaparición fue otro enigma... ¿Comprende?

DOVALÍN.—Todo es asombroso...

EL JEFE.—Sí... Me volveré loco. Créame. Porque aún hay más. Hace una temporada perdimos de vista a otro personaje.

DOVALÍN.—¡Excelencia!

EL JEFE.—Sí. Era un anciano general extranjero. Vivía alejado de su patria. No supimos por qué. Un cochero lo trajo aquí aquella noche vestido de uniforme de gran gala. Muy pálido. Y nada más. Desapareció... Pero su cadáver no ha sido encontrado.

(Se alejan paseando mientras hablan)

CHICO.—Abuelo, abuelo. Lo he oído todo. Hablaban de ellos. De los muertos. Tengo miedo.

CIEGO.—¿Estás loco? Cállate. Estáte quieto.

CHICO.—No puedo. *(Estremeciéndose)* Abuelo, yo he visto a uno.

CIEGO.—*(Absorto)* ¡Ah! ¿De veras? Cuéntame.

CHICO.—*(Levantándose y yendo al embarcadero. De pie, sobre el peldaño, pálido, como ante una alucinación. Su figurilla, estremecida, se recorta a contraluz, sobre el negro del cielo)* Sí... La otra noche. Se quedó mucho tiempo mirando al agua. Quietos, quietos... Se quitó el sombrero. Lo tiró al agua. Y, de pronto, ¡pum!, ¡cataplum!

(Inesperadamente, sacudido por un gran terror, se agarra al pretil y esconde la cara entre las manos y la piedra. Y solloza)

¡Abuelo! ¡Abuelo!

CIEGO.—(*Soltó el violín y está en pie: palidísimo, con los brazos extendidos*)
Muñeco... ¿Dónde estás? Ven aquí. ¡Pronto!

CHICO.—(*Corre y se refugia en sus brazos*) ¡Abuelo! (*Un sollozo*).

CIEGO.—Criatura...

CHICO.—¿Por qué se mata la gente?

CIEGO.—¡Oh!

CHICO.—¿Por qué se quitan el sombrero?

CIEGO.—Calla, calla. Ea, no llores. Eres un hombre. (*Sonríe*) Un hombrecito...

(El Chico va secando sus lágrimas y se separa del abuelo. Este, con gesto de infinito cansancio, a tientas, toma su violín, y surge otra canción muy dulcemente. El mozalbete, mientras, trepa por el pretil y, sentado sobre la barandilla, mira hacia el agua. Vuelven el Jefe de Policía y Dovalín)

EL JEFE.—Vigilará usted todas las noches. Al fin, no lo dude, descubriremos el misterio.

DOVALÍN.—Sí, Excelencia.

EL JEFE.—¡Ánimo! ¡Puaf, cómo me repugna este lugar! ¡Qué mal huele el río!

(Se marcha. Dovalín va al fondo. Mira un momento al agua y, al fin, se aleja)

CIEGO.—Pequeño... ¿Dónde estás?

CHICO.—Aquí... Viendo el río.

CIEGO.—(*Cesa brusco el violín*)⁷ ¡Ah! Dime... ¿Cómo es el agua?

CHICO.—Una porquería. Abuelo, ¿todos los hombres que se ahogaron aquí, están ahí abajo?

CIEGO.—¡Quién sabe!

CHICO.—¡Ah, ya! Por eso el agua huele a muerto. (*Sencillamente*) ¡Qué gente tan estúpida! Si yo fuera hombre no me mataría. Estoy segurísimo, abuelo.

CIEGO.—(*Sonriendo*) ¿De verdad?

CHICO.—(*Ingenuamente solemne*) ¡Palabra! Cuando yo sea mayor no tendré tiempo para estas cosas. Ca. Siempre estaré paseando por la Avenida. Eso, sí. Me saludará todo el mundo: porque yo seré general, abuelo. ¡Un general imponente! Y en la gorra me pondré un pompón blanco. Figúrese. Así es

⁷ *Cesa brusco el acordeón*, por errata; en la primera versión, el ciego tocaba un acordeón, en vez de un violín.

imposible tirarse al río. *(Naturalísimo)* No merecería la pena ponerse el pompón...

CIEGO.—¡Claro!

(Entra Mary. Aire de adolescente: vestido claro y peinado de primavera. Pero con ese gesto dramático y terrible de los jóvenes alucinados. Anda y mira semisonámbula, como transportada. Despacio, muy despacio, cruza insensible por delante del Ciego y del Chico, sin mirar apenas. Va al pretil y allí, frente al cielo, de espaldas al público, fíjase intensamente en el agua. Se estremece. Mientras, el viejo atacó su melodía sentimental. Una pausa)

CIEGO.—*(Muy bajo)* Oigo pasos... ¿Quién es?

CHICO.—Una señorita. Está ahí... No se mueve.

CIEGO.—¿Qué hace? Di...

CHICO.—Mira el agua...

(Mary va hacia el embarcadero. El Chico se agarra convulso al abuelo)

¡¡Abuelo!!

CIEGO.—¡Hijo!

CHICO.—¡Nada! Creí... ¡Qué susto! Es que anda igual que aquel hombre.

(Mary, caminando junto al pretil, se aleja)

¿Habrá venido para tirarse al río? Es una chica muy joven. ¡Qué guapa es!...

(Mary desaparece)

Abuelo. Se va... ¡Se va! Está llorando. Yo voy detrás.

CIEGO.—¡Muchacho!

CHICO.—¡No quiero que se ahogue! ¡No quiero!

(Sale. Queda el Ciego solo. Enseguida atraviesa el puente un nuevo personaje. Daniel: joven, ágil, sencillo. Anda resueltamente. Cruza la escena apresurado, con la vista fija por donde desapareció Mary. El viejo queda sentado, con la cabeza baja, en un extraño ensimismamiento. Con rara fruición, toca su viejo vals

sentimental. La música surge suave y extraña, nueva, llena de ternura. Apenas comienza, por el lado opuesto adonde marchó el Chico, llega una joven pareja enlazados del brazo. La Muchacha y el Muchacho, muy juntos. A veces, el pelo de ella, alborotado y loco, cae sobre el hombro de él. Ella tiene en los ojos un brillo gris, como si los abriera en medio del sueño. Él, encantador, como un joven vulgar y alegre. Vienen de puntillas. Atraídos por la melodía del vagabundo. Risueños siempre)

MUCHACHA.—¡Ah! Aquí está. (Muy bajo) ¡Mira!

MUCHACHO.—Sí..., es un ciego.

MUCHACHA.—¡Chis! Calla. No le distraigas. ¿Recuerdas?

MUCHACHO.—Sí. ¡Nuestro vals! (La enlaza. El viejo, absorto, sigue tocando) ¿Bailamos? Estamos solos...

MUCHACHA.—Sí, sí. Pero muy despacito. Sin ruido. Que no nos oiga. (Muy juntos, bailan al compás del violín. Pausa) Oye...

(Bruscamente, el anciano suelta el violín. La pareja se inmoviliza con estupor, parados ella y él, siguen atentos los movimientos del mendigo. Este, en pie: todo su cuerpo es un temblor. Muy decidido, avanza a tientas hasta el embarcadero. Plántase allí, paralizado, extático... Un instante se sobrecoge y parece que se tambalea. Al fin, arroja el sombrero al río. Su melena blanca brinca. La muchacha, horrorizada, se tapa los ojos y lanza un grito)

MUCHACHA.—¡¡Ay!! Mira... ¡¡Deténle!!

MUCHACHO.—(Corriendo emocionadísimo) ¡¡Eh!! ¡Oiga! ¡Quieto!

MUCHACHA.—¡¡Dios mío!!

CIEGO.—¿Quién? ¿Quién es?

MUCHACHO.—(Prende al Ciego de los hombros) ¡Atrás! ¿Qué es esto? Loco, loco...

CIEGO.—(Derrotado, empequeñecido, con tremendo rubor) ¡Perdón!

MUCHACHA.—(Angustiada aún) ¡Qué horror!

MUCHACHO.—Venga, apártese de ahí. Descanse... Fíjate. Está tiritando.

MUCHACHA.—Pobrecillo. Ha sido espantoso.

CIEGO.—(Turbadísimo) Gracias... Suélteme. (Alzando la cabeza) ¿Por qué estaban aquí? Es extraño... No los oí llegar.

MUCHACHA.—(Tiernamente) Paseábamos... Su música es deliciosa. Usted no comprendería. Ese vals parece que es nuestro. Tiene recuerdos magníficos.

CIEGO.—¡Mi viejo vals! (Un sollozo) Era mi despedida.

MUCHACHA.—¡Ah!

MUCHACHO.—¿Qué dice?

CIEGO.—(*Airado*) Sí, sí... Todos me lo quitan. Mi vals, mi descanso... Este momento que he esperado tantas noches. ¡Mi muerte! ¡Todo! ¿Y por qué?

MUCHACHO.—Tú oyes...

MUCHACHA.—Calla... Ven.

CIEGO.—(*Se aleja tembloroso, zigzagueante, lleno de rencor*) ¿Por qué vinisteis? Este lugar es nuestro sólo... De los que queremos morir en el río. ¿No lo sabíais? ¿Todavía no habéis comprendido?

MUCHACHA.—No deberíamos dejarle solo... Caerá.

MUCHACHO.—¿Qué hombre tan extraño...

CIEGO.—¡Oh, Dios! ¡Chico! Muñeco... ¿Dónde estás? (*Desaparece*).

MUCHACHA.—(*Con dolor*) ¡Nos odia!

MUCHACHO.—Sí. ¡Viejo rencoroso! Es increíble. Pensar que le hemos salvado la vida. Va temblando.

MUCHACHA.—Pobre... Ha sido horrible. No puedo más...

MUCHACHO.—Fue una tontería venir hasta aquí. Este es un lugar maldito.

MUCHACHA.—¡Dios mío!

MUCHACHO.—Chiquilla... No mires al agua. Alégrate otra vez. Recuerda nuestro vals... (*Abrazándola*) ¡Amor! ¡Viva la vida!

MUCHACHA.—Eso. (*Respira fuerte*) ¡Viva la vida! Es un encanto.

(Mary les sorprende abrazados. Llega de nuevo con su porte dramático y abstraído. Más derrotada aún, pálida, fantasmal, los ojos en el suelo. Sin mirarlos dirígese al fondo, y allí, de codos sobre la piedra del pretil, con el busto inclinado hacia abajo, mira codiciosamente: otra vez el agua. Después esconde la cara ante las manos y se estremece febril)

¡Oh! Nos ha visto.

MUCHACHO.—Bueno... ¿Qué importa. ¿No te quiero?

(Mary, sola, con la mirada sigue a los muchachos hasta que desaparecen. Toda ella de espaldas, leve, esbelta, angustiada, con sus cabellos agitados, sus hombros temblando. Su cintura fina es una estremecedora expresión trágica; mira intensamente hacia abajo, con codicia feroz. Primero, se agarra temblorosa y cobarde a las piedras. Luego, suelta, se encorva un poco. Último sollozo. Ya es inevitable, pero brusco y febril, sobre ella brinca Daniel,

erguido, resuelto, seguro, como hombre que estaba al acecho; arrojase, violento, hacia Mary y la atrae rudamente por el talle)

DANIEL.—¡Alto!! ¡Esto, no! ¡Te cogí!

MARY.—¡Oh!! *(Un grito, revolviéndose rebelde, más pálida aún)* ¡No me toque! ¡Suélteme! ¿Quién es usted?

DANIEL.—Un hombre oportuno. ¡Atrás!

MARY.—¡Déjeme! Me hace daño.

DANIEL.—No importa...

MARY.—¡No me toque! Se lo prohíbo. Gritaré... ¡Socorro! ¡Socorro! *(Ahogada)* Vendrá la policía. Diré que es usted un ladrón.

DANIEL.—¡Por Dios! Parece mentira que una mujer inteligente recurra a esos trucos...

MARY.—*(Transición, en súplica)* Déjeme sola... ¡Pronto! Usted no tiene derecho a impedirlo. ¡Fuera de aquí! ¿Cómo he de pedirselo? Tengo que morir esta noche. *(Casi desvanecida)* ¡Oh, Dios mío, no puedo más!

DANIEL.—¡Silencio! *(Fue contemplándola mientras hablaba; primero, sonriente, dichoso; después, un poco pálido. Ahora la recuesta delicadamente en el banco)* ¡Pobre muchacha!... Descansa. Me gustaría verte dormir con los ojos llenos de lágrimas. ¡Sería magnífico! No, no hables... Ya sé... La vida es demasiado estrecha y tú no cabes en ella... ¿Verdad? No hay sitio para ti. Y es necesario morir... ¡Bravo! No importa... Mañana, de día, todo será blanco y verde y alegre, y verás que la vida es santísima y todos cabemos en ella. Descansa. Estás rendida. ¡Cómo tiembles!... *(Ella, ya desfallecida, no puede mirarle y cierra los ojos. Él se sienta a su lado. Silencio)* ¡Qué bonita es!...

(Una pausa muy larga. Daniel se levanta y camina muy despacio hasta el embarcadero. Allí mira emocionado hacia abajo. Al fin, Mary se alza, vuelve hacia él la cabeza, arregla sus cabellos alocados. Se levanta. Anda como desmayada. Él no la ve, absorbo en la corriente del río. Mary llega a su lado y mira también hacia abajo. Daniel sonríe)

Espera. Fíjate bien. ¿No parece que se mueve el agua? Son ellos. Quieren subir hasta aquí, con nosotros. Pero no es posible... ¡Jamás podrán!

MARY.—*(Atraída)* No, no es verdad. Los que están abajo son felices. Sueñan. La muerte es el mejor sueño.

DANIEL.—¡Mentira! La muerte es una mala imitación de los sueños.

MARY.—Váyase. El tiempo pasa. Sé que voy perdiendo el valor. Pero aún podría...
Porque es necesario. ¿Comprende? Si usted supiera por qué...

DANIEL.—(*Sonríe*) ¡Bah!

MARY.—(*Acongojada*) No puedo decirlo... No sé... (*Enrojece*) Es tan difícil... Tan tremendo...

DANIEL.—(*Sonríe con emoción*) Basta. Espera todavía... Pronto amanecerá. Entonces es cuando la vida crece todos los días. Se vuelve muy alegre... (*Paternalmente, la conduce al banco. Ella se sienta a su lado. Y la contempla con risueño gesto triunfal*) ¡Ajajá! Bueno, después de todo, no me has dado mucho trabajo. Otros son bastante más difíciles... (*Riendo*) Los hay peligrosísimos...

MARY.—¿Qué dice?

DANIEL.—(*Divertido*) Sí, sí... Los suicidas son gente extraordinaria. Poco razonables. Por eso son violentos, agresivos, deliciosos. Verás. Una noche, para salvar la vida de una mujer que sufría una gran decepción amorosa, tuve que luchar con ella aquí mismo, casi a brazo partido... Yo fui más fuerte y vencí. ¡Figúrate! Por fortuna, las muchachas románticas no hacen gimnasia. Yo, sí. Bien: pues, al final, cuando se vio derrotada, intentó persuadirme para que nos suicidáramos juntos. (*Ríe*).

MARY.—¿Quién es usted?

DANIEL.—¿Yo? Daniel... (*Gallardo*) ¡Profesor de felicidad!

MARY.—¡Profesor de felicidad!

DANIEL.—Justo. ¿Te extraña? (*Dichoso*) A mí me encanta. Y no creas. Enseñar a vivir alegremente es difícilísimo. Mucho más que explicar botánica o la Guerra de los Cien Días... Además, mis alumnos son tan originales: una mujer que no puede vivir sin un sueño de amor, un gran financiero y un viejo militar. Y tú, que ya estás empezando a ser mi discípula.

MARY.—¡Ah!

DANIEL.—Sí... Por cierto, creo que serás una alumna excelente. Me pareces una muchacha inteligentísima, decidida, heroica... Seguramente has tenido un prometido tonto.

MARY.—¿Qué dice?

DANIEL.—(*Superior*) Porque todas las muchachas inteligentes tienen alguna vez un prometido tonto... No falla.

MARY.—(*Sonríe suavemente*) Locuras... ¡Qué extraño es usted!

DANIEL.—(*Contentísimo*) ¡Soberbio! Ya sonreíste. Leonardo de Vinci necesitó una orquesta de violines para lograr una sonrisa dichosa en los labios de la «Gioconda» mientras él pintaba su retrato inmortal... Yo he logrado que tú sonrías por mí mismo. He dejado en ridículo a Leonardo y a sus violines...

MARY.—A esta hora descansan todos en la Residencia. Mis compañeras, el director, los profesores... Todos. He besado el retrato y luego lo he roto. Salí de mi alcoba de puntillas. Salté la tapia del jardín... No me oyeron... ¡Y usted me impide morir sin ningún derecho! Si supiera usted que esta noche pensar en el suicidio es lo único hermoso...

DANIEL.—Quia. No lo creas... Suicidarse es de mal gusto.

MARY.—¡Oh!

DANIEL.—(*Desalentado*) Sí, sí... No lo comprendéis ninguno. Es una pena. Morir, morir... ¿Qué es eso? Acabar voluntariamente contigo toda entera, con tu cuerpo y con tu alma. Así, sencillamente... ¡Qué horrible! Mírate: eres linda y hermosa. Pero lo mejor de ti no eres tú misma: es tu imaginación, tus fantasías, tu poder de soñar. Tus sueños. Matar eso, sí es atroz. Ese sería tu mayor crimen de suicida.

MARY.—(*Dolorida*) ¡No hable así! Me hace daño.

DANIEL.—(*Sonríe*) Créeme... La fantasía hace encantador hasta el dolor. Lo de menos es ser feliz o desdichado: lo importante es poner imaginación en la misma alegría o en el propio dolor... Despreciar un mundo amargo y crearte otro dentro de ti misma...

MARY.—¡Calle! Tengo frío... Qué noche tan horrible. He perdido el valor. Ahora no podría.

DANIEL.—¡Al fin!

MARY.—Usted es el culpable.

DANIEL.—¡Claro!

MARY.—Le odio. Le detesto. Quisiera maldecirle. Gritar que le aborrezco... Pero no puedo. Me voy.

DANIEL.—¿Adónde?

MARY.—Otra vez a la Residencia. Todavía no habrán notado mi falta. Mañana vendrá ella: se descubrirá todo y lo sabrá todo el mundo. ¿Está usted contento? (*Excitada*) No. No necesitaré buscar la muerte porque me matarán mis compañeras con sus miradas y sus burlas. Y el director, lleno de coraje... Parece que ya le oigo... (*Alucinada, como un desvarío*) ¡Fuera de aquí, Mary! ¡Eres mala! ¡Oh, Dios mío! ¡Mátame tú!

DANIEL.—Mary...

MARY.—Adiós...

DANIEL.—(*Sujetándola dulcemente de la mano*) ¡Mary!

MARY.—Déjeme... Usted ha vencido.

DANIEL.—Ven...

MARY.—(*Suspensa*) ¿Qué?

DANIEL.—(*Irónico*) Eres deliciosa... Irte así: sola. Como si te pertenecieras.
¡Imposible!

MARY.—(*Paralizada*) No sé... No le comprendo. ¿Todavía no está usted contento?

DANIEL.—Resulta curiosísimo... Sin mi llegada, hace un buen rato que ya no vivirías. Nada... Un cuerpo más en el fondo del río, otra alma perdida. Los suicidios de las chicas como tú son siempre interesantísimos. Son enternecedores para todo juez de guardia que se estime. Y entonces, sí, te pertenecerías por entero. Pero la verdad es que yo te vi a la entrada del puente, te seguí... y te he salvado. Vives... Pero vives una vida que te he dado yo, porque te he arrancado de la muerte que tú querías darte. Vives porque yo he querido que vivas. Tu vida es mía. Tú eres mía.

MARY.—(*Se suelta y retrocede*) ¡No, no! ¡No es verdad! ¡No tiene usted ningún derecho!

DANIEL.—(*Atrayéndola tiernamente*) Derecho... Qué palabra tan feroz. Ven aquí... Óyeme. ¿Piensas que te he salvado la vida para entregarte otra vez a ese mundo que te horroriza? Mírame. (*Mary le obedece, agitándose de esperanza*) Yo te libré de la muerte. No para dejarte prisionera de esa vida que odias, sino para darte una vida nueva, espléndida, alegre, magnífica...

MARY.—¡Dios mío! Pero eso es imposible...

DANIEL.—(*Emocionado*) Cierra los ojos. Por la mañana, todos los periódicos publicarán la desaparición de la Residencia. Unos enamorados te han visto llegar aquí. Te identificarán sencillamente como una muchacha cualquiera ahogada en el río. Pero lo que nadie sabrá es que un poco lejos de aquí, en mi casa, a mi lado, has vuelto a nacer. Serás dichosa... (*Ella tiene los ojos cerrados, como encantada. Él la roza el cabello*) Te lo juro.

MARY.—(*Con dulce desmayo*) Quisiera huir de su lado. Escaparme de sus brazos... Pero no tengo fuerzas. No puedo. Y lo más cruel es que esa vida de felicidad es imposible para mí. Ya es tarde. Tendré siempre delante aquella locura. Usted mismo cuando lo sepa...

DANIEL.—¡Chis! Silencio. Con una desilusión el alma está fea; pero no importa: con alegría se puede estrenar a diario un alma nueva... ¡En marcha!

MARY.—¿Adónde me lleva?

DANIEL.—A mi casa... Lejos de este río sucio. Una casa con jardín y muchos sueños dentro. Nuestros amigos nos aguardan. Isabel, enamorada de sus sueños; Brummell, el poderoso financiero; y el general, con sus sueños de guerra y de conquista... Son extraordinarios.

(*Comienza a oírse dentro el vals del ciego del violín*)

MARY.—Usted sí es extraordinario... ¡Quisiera decirle tantas cosas! Si supiera hablar ahora. (*Arrojándose en su pecho*) Gracias... Gracias... ¡Gracias!

DANIEL.—Mary. Qué estremecida estás. Tienes la piel ardiendo... Tu pelo... Y tu olor. ¿Es que serás tú mi sueño? (*Alegremente*) Vamos.

MARY.—Sí, sí... Voy.

DANIEL.—Llegaremos al amanecer.

(*Van saliendo. Él rodea sus hombros suavemente*)

¡Oh! Qué mal huele el río... Vámonos... Vámonos... Vámonos...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una casa de campo próxima a la ciudad. Vestíbulo: cierta fantasía atrabiliaria y grata, como de «club» o «bungalow». Chimenea graciosa de viejos ladrillos. Una puerta al jardín, un ventanal de grandes dimensiones, con profusas y espesas cortinas corridas. Una mesa redonda y, alrededor, unos sillones en semicírculo. Un teléfono. Es la misma noche que en el acto anterior. Vaga luz de insomnio. Por algún resquicio de las colgaduras que tapan el ventanal surge una claridad temblorosa y azul de alba alegre. Un personaje hay en escena cuando se levanta el telón: Isabel, que medio oculta en un sillón de orejas, junto a la chimenea sin fuego, apoyada en el gran respaldo, se durmió. Es joven, graciosamente arrogante, muy pálida, y su atavío, claro y alegre, sencillo y descuidado; es un puro mohín de feminidad. Cuando despierte, veremos que tiene esos ojos húmedos y fragantes de las mujeres que sueñan mucho, que van golosamente del pavor al gozo. Una gran vida interior. Ya se alzó el telón y hay una pausa. Luego, en el umbral del jardín, aparecen Mary y Daniel. Él la lleva cogida de la mano.

DANIEL.—(*Bajo*) Entra... Hemos llegado.

MARY.—¡Ah! ¡Tu casa! Todo me parece mentira. No tengo fuerzas para creerlo. ¿Quién es esa mujer?

DANIEL.—Es Isabel... Duerme como una niña. Qué criatura. Pero es tan dichosa. Mírala.

MARY.—¡Se ríe!

DANIEL.—Sí... Es tan feliz que solo tiene sueños alegres. Vamos, Mary.

MARY.—Tengo miedo.

DANIEL.—No temas... (*Sonríe*) Ya no podrás escapar. Eres mía, mía.

(Se la lleva. Queda Isabel sola. Otra pausa. Al fin, entra Pedrín, criado. Porta una bandeja con desayuno para tres personas, que ha de disponer sobre la mesa)

PEDRÍN.—¡Señorita Isabel! Buenos días... El desayuno. (*Una pausa*) Buenos días. ¡Inútil!... ¡Señorita Isabel!

(*Va al ventanal y descubre los «stores». Aparece el jardín con todo su temblor, casto, verde y húmedo de primavera. Pedrín vuelve junto a Isabel*)

ISABEL.—(*Despertando*) ¿Qué? ¡Ah, Pedrín!

PEDRÍN.—¡Al fin! Buenos días, señorita Isabel...

ISABEL.—(*Sonríe. Se arregla graciosamente la melena mientras habla, cuida un poco los pliegues de su vestido*) Buenos días, Pedrín. ¿Es muy tarde?

PEDRÍN.—Amanece, señorita.

ISABEL.—¿De veras?... (*Ríe*) Es gracioso. Anoche me quedé ahí sola. Estaba muy alegre... Sin saber cómo, me dormí.

PEDRÍN.—La señorita es incorregible; se ha pasado la noche dando vueltas por el jardín. La he visto desde mi cuarto. Al fin, cansadísima, se durmió en este sillón como una niña. Y así, una noche y otra... Y otra.

ISABEL.—¡Oh! ¿Me riñes, Pedrín?

PEDRÍN.—No, señorita Isabel. La señorita sabe que la quiero. Además, en esta casa, uno se acostumbra a todo. Mister Brummell ha pasado toda la noche al pie del teléfono. Espera una conferencia de Filadelfia. Dice que son las seis de la mañana y en Filadelfia es hora de oficina. A mí no me cabe en la cabeza que en ningún país del mundo trabaje la gente a las seis de la mañana. Y muchísimo menos en Filadelfia... Pero, en fin; mister Brummell tiene mucho talento. Por las noches apenas duerme. Se sienta en su mesa, escribe cartas, pasea por el cuarto, me llama, me hace sentarme a su lado... Y me habla de sus cosas, de sus millones... ¿No es maravilloso, señorita Isabel?

ISABEL.—¡Es un sueño!

PEDRÍN.—Un gran hombre mister Brummell. Y, sin embargo, yo juraría que cuando mister Brummell vino a esta casa no traía ni un céntimo... ¡Un milagro!

ISABEL.—(*Al pie del ventanal*) No importa, Pedrín. Aquí todo es maravilloso, como este amanecer...

PEDRÍN.—(*Sonríe*) Justo. La misma señorita ha cambiado tanto. Al principio, yo temía que la señorita no se habituara a nuestra vida. Una casa de campo, habitada solo por hombres... Y unos hombres un poco vulgares; esta es la verdad. Pero la señorita se adaptó perfectamente. Hoy, creo que es la más feliz de todos. ¿No es cierto, señorita Isabel?

ISABEL.—(*Un guiño de gozo*) ¡Oh!

PEDRÍN.—¡Qué transformación! ¡Cómo ha cambiado la señorita! Todavía recuerdo el primer día que llegó aquí la señorita.

ISABEL.—(*Dichosa*) Ha transcurrido un mes, y a veces no sé si ha pasado un día o una eternidad. Tu señor me trajo cogida de la mano como a una chiquilla

traviesa. Dilo, Pedrín. Me gusta oírte contar cuando estamos solos y no puede oírnos míster Brummell o el general...

PEDRÍN.—¡Señorita! No lo olvidaré nunca... Recuerdo que don Daniel, mi señor, venía muy contento. Y la señorita muy pálida. Era un cadáver. Tenía los ojos abiertos, terribles; tan distintos de estos ojos suyos, bonitos, de todos los días... Parece mentira. Nos miraba con un odio feroz. Traía el vestido destrozado.

ISABEL.—(*Con rubor*) Tu señor y yo habíamos peleado en el puente. Estaba loca. Fue tan horrible aquel día. Primero la lección del Conservatorio. Todas las alumnas alrededor, y yo pensando en la noche, en el puente del río...

PEDRÍN.—La señorita decía cosas tremendas.

ISABEL.—¿Es cierto?

PEDRÍN.—¡Oh, ya lo creo! A don Daniel le hacía mucha gracia. A mí, también. (*Ríe Isabel*) Luego la señorita se encerró arriba, en el desván. No la vimos en tres días. También aquello resultó muy divertido. Pero, de pronto, la señorita bajó una mañana al jardín... ¡Qué cosa más curiosa! Era otra mujer. Se bañó en el estanque. Cantaba. Corría por el jardín.. Cogió un resfriado. Otro. Otro... ¡Fue feliz!

ISABEL.—(*De pie ante el ventanal. Su vestido suavemente tembloroso por el vientecillo que mueve las hojas de los árboles próximos*) ¡Muy feliz, Pedrín! Si supierais por qué...

PEDRÍN.—(*Admirado*) ¡Señorita!

ISABEL.—¡Silencio, Pedrín! (*Misteriosamente*) Aún es temprano. Pero un día tendrá que descubrirse todo. Pronto, muy pronto. Un secreto no es posible tenerlo así mucho tiempo, dentro de una misma. Ahoga... ¿Tú no has tenido nunca un secreto, Pedrín?

PEDRÍN.—¡Pche! Una vez. Es que quise ser marino. Como los marinos tienen un amor en cada puerto...

ISABEL.—A veces parece que la cabeza va a saltar en pedazos. Hay que gritar, gritar... ¡Que todos lo sepan! ¡Me gustaría subir a la copa del pino más alto!

PEDRÍN.—¡No, señorita! De ninguna manera... Es una locura, señorita. Son las seis de la mañana. La señorita va tan ligera de ropa. Es mucho mejor desayunar tranquilamente. Avisaré a míster Brummell y al general. Bueno, el general es otro cantar. Se ha pasado la noche en el torreón, con los prismáticos, mirando no sé dónde. Ahora dice que hoy es mal día de operaciones... Digo. Aquí viene míster Brummell. Buenos días, señor.

(Entra míster Brummell. Traza pintoresca. Garbo de gran burgués y empaque de alto funcionario junto a su imponente gesto de

hombre preocupadísimo. Calvo, gafas de oro, una suave panza, vivo y un poco enrojecido. Está muy indignado)

BRUMMELL.—¡Buenos días, señorita!

ISABEL.—¡Míster Brummell!

BRUMMELL.—Estoy abrumadísimo, querida. Es horrible. Toda la noche al pie del teléfono... ¡Uf! Reventaré. *(Cae desfallecido en un sillón, junto a la mesa)* He solicitado tres veces conferencia con Filadelfia. Inútil. Es inaudito... Es la ruina.

ISABEL.—¡Usted arruinado, míster Brummell!

BRUMMELL.—Caramba, es estupendo, toda la noche igual. *(Coge el teléfono)* Señorita, soy míster Brummell... Necesito línea con la Bolsa de Filadelfia. Sí, sí; le habla el mismísimo míster Brummell... OK. Míster Brummell es conocidísimo en todo el mundo. En Australia, en Londres, en California, en Portugal. Tengo negocios en todo el globo. Esto es importantísimo. Se trata de millones. ¿Lo oye? ¡Millones!

ISABEL.—Calma, míster Brummell.

BRUMMELL.—*(Cuelga el teléfono)* Dentro de dos horas, en Filadelfia se abrirá la Bolsa. Mis enemigos lo han preparado todo muy bien. Mis acciones, por el suelo. *(Ríe irónico)* Si ellos supieran... Je, je. Torpes. No saben que soy lo suficientemente poderoso para arruinarlos a todos. *(Sonríe con un guiño pícaro)* ¿Comprende usted, amiga mía?

ISABEL.—*(Sirviéndole el desayuno)* No entiendo los negocios, míster Brummell.

BRUMMELL.—¿De veras? Es sencillísimo. Yo mismo he provocado la ruina de la Brummell Limited, porque el verdadero dueño de la Howard Green Company soy yo. ¿Qué le parece?

ISABEL.—Pero, ¡es usted el diablo, míster Brummell!

BRUMMELL.—*(Halagado)* No tanto, querida... *(Transición, contemplando a Isabel con verdadera compasión)* ¡Pobre muchacha! ¡Qué calamidad!

ISABEL.—¡Míster Brummell!

BRUMMELL.—Siento por usted una profunda lástima, Isabel. Sí... Es una pena. La mujer del mañana se dedicará a los negocios. Usted es una perfecta ignorante en estas cosas. Es usted una muchacha romántica, a la antigua. Carece de todo sentido práctico... ¡Lástima de chica! Me asusta pensar en su porvenir... ¿Qué va a ser de usted?

(Entra el General apoyado en Pedrín. Un viejecito. Todo el pelo blanco. Piel arrugada, manos temblorosas... Gran bigote a la borgoñona. Uniforme caprichoso de general, al modo de un

*ejército europeo en 1914. Una banda, condecoraciones, charreteras
graciosas. Brillo impecable en sus botas de montar)*

GENERAL.—Buenos días, señorita... Caballero.

ISABEL.—(*Corriendo a darle su brazo*) ¡Oh, general!

GENERAL.—(*Sentándose a la mesa, socorrido por el criado e Isabel*) Gracias...
Ayúdame, Pedrín. Así... ¡Ajaja! Magnífico. «Foi-gras», mantequilla... Yo, café,
Pedrín. Y una copa grande de ron...

PEDRÍN.—Sí, mi general.

*(Le sirve. Isabel y Brummell desayunan. También Pedrín atiende
a los tres)*

GENERAL.—¡Hum! Estoy cansado. La noche ha sido muy dura.

BRUMMELL.—(*Bruscamente*) Caramba, general. A propósito. ¿Quiere usted decirme
por qué diablos se pasa usted las noches en el torreón, con la ventana abierta,
mirando con los prismáticos? Es inconcebible. A sus años.

GENERAL.—(*Sonriendo misteriosamente*) ¡Oh! ¡Brummell!

BRUMMELL.—Me tiene preocupadísimo. ¡Palabra!

GENERAL.—(*Con regocijo*) ¿Oyes, Pedrín? ¡Qué curioso es míster Brummell!
Si usted supiera... No puedo contestarle todavía. (*Ríe*) Dentro de algún
tiempo, sí. Unos meses, quizá. Entonces, un día, todo el ejército formará
en la explanada de Palacio. Con uniforme de gala, sí. Los húsares, delante.
Detrás los lanceros... Luego, la infantería. Todos, todos. Ya parece que oigo
las trompetas que tocan atención. Yo llegaré a caballo... La tropa, ¡firme! Los
sables de los oficiales... (*Tose*) Yo pasaré a caballo. (*Transición. Solemnemente*)
No puedo hablar más, míster Brummell. Sería una imprudencia. ¡La patria
no me lo perdonaría nunca!

BRUMMELL.—(*En un brinco*) ¡Chifladísimo!

GENERAL.—¡Qué!

BRUMMELL.—Sin remedio. ¡De remate!

GENERAL.—(*En pie, corajudo, gallardo como un mozo*) ¡¡Oh!! ¿Qué está usted
diciendo? ¡Yo, loco! ¡Yo!! No, no. Esto, no. Tú lo has oído, Pedrín. ¡Me cree
un loco! Hablaré. ¡Ahora mismo!

ISABEL.—¡Dios mío!

BRUMMELL.—(*Satisfechísimo*) Hombre, menos mal.

GENERAL.—(*Grave*) Oídme, vais a saberlo todo.

PEDRÍN.—(*Adelantándose*) Por favor, mi general... Silencio.

(*Todos le miran*)

BRUMMELL.—Oye, tú.

PEDRÍN.—Recuerde, mi general. Don Daniel prohibió que se hablara de esto. (*Muy bajo*) Aún es pronto...

BRUMMELL.—(*Más curioso que nunca*) ¡Diablo!

GENERAL.—(*Sonriendo superior y solemne*) Cierto, Pedrín... Amigos míos, ya oísteis. No es la hora. Daniel se enfadaría muchísimo...

BRUMMELL.—(*Chasqueado*) ¡Demonio!

(*El General, poco a poco, muy sonriente, irá cerrando los ojos. Parece dormido*)

BRUMMELL.—¡Pedrín, idiota!

PEDRÍN.—¡Señor!

BRUMMELL.—Sírvenme más café. Muy cargado.

PEDRÍN.—Sí, señor. Aquí está el correo... Dos cartas, míster Brummell.

BRUMMELL.—¡Hola! Cartade América. «Washington. Privado». ¡Oh! Importantísimo. Una carta de Washington ha de ser importantísima. Seguramente, querrán nombrarme miembro de algún consejo de administración. ¿Quién sabe? (*Azaroso y feliz*) ¡Ah, querida Isabel, esta vida es espantosa! Los negocios... Esa condenada conferencia. Dentro de dos horas se abrirá la Bolsa. ¡Oh, oh! Me volveré loco. Adiós, querido. (*Al pasar junto al general*) Me da una pena este pobre hombre... (*Sale*).

ISABEL.—Dime, Pedrín. (*Con afán*) ¿No hay carta para mí?

PEDRÍN.—Sí, señorita. (*Sonríe*) Una... Creo que es la de siempre.

ISABEL.—(*Muy emocionada*) Dámela... (*Con la carta entre las manos, llena de gozo y rubor*) Trae... Parece que me quema las manos. ¡Adiós, Pedrín! Me voy.

PEDRÍN.—¡Señorita!

ISABEL.—Deja... No te asustes. Me voy al jardín con los pájaros. Son buenos amigos para contarles los secretos. Si tú supieras que dentro de esta carta está... ¡Nada menos que mi felicidad! (*Corre al jardín, desaparece. Pedrín la contempla asustadísimo*).

PEDRÍN.—¡Cuidado! Por favor, señorita... Es una chiquilla. (*Aparece Daniel*).

DANIEL.—Buenos días, Pedrín.

PEDRÍN.—Señor... ¿El señor pasó buena noche?

DANIEL.—Deliciosa... ¿No hay novedad, Pedrín?

PEDRÍN.—Ninguna, señor. La señorita está en el jardín contándoles a los pájaros su secreto.

DANIEL.—(*Muy emocionado*) Quizá. Pero cuando muera será inmensamente feliz. Te lo juro, Pedrín. (*Decidido*) Mañana pienso hacerle mariscal...

PEDRÍN.—¡Mañana!

DANIEL.—Sí. Es muy fácil. (*Transición*) Ea, Pedrín. El fuego, el desayuno. Pronto.

PEDRÍN.—Al momento... Yo voy a disponer una alcoba para la señorita. Mientras, el señor puede cortar flores del jardín...

DANIEL.—¡Bravo!

PEDRÍN.—Hacen falta muchas flores. Resultará muy bien. Descuide, señor...

(Salen por sitios distintos. El General sigue inmóvil. Un reloj, en lento repique, da siete campanadas. Un silencio. Óyese dentro, pero muy cerca, la voz de Mary, un poco acongojada)

MARY.—¡Daniel! (*Otro silencio. Viene Mary. Tiembla de frío y desasosiego*) ¿Dónde estás? (*Muy bajo*) No me dejes. No puedo estar sola. (*Descubre al General en su sillón con susto*) ¡Ay! ¿Quién hay ahí? ¿Quién es? ¡Daniel!

(El viejo rebulle y se incorpora en su sillón)

GENERAL.—¿Quién es? ¿Qué es esto? (*Atónito*) ¿Adónde vas, muchacha?

MARY.—¡Perdón! Buscaba a Daniel. (*Se retira*).

GENERAL.—(*Asombradísimo*) Dime, dime. ¿Quién eres tú, hija mía? No te conozco. ¿Por qué has venido aquí? (*Pensativo*) Demonio... Quizá. (*Jubiloso*) ¿Serás tú quien me traiga la gran noticia? Dilo pronto, hija mía.

MARY.—(*Retrocediendo*) No, no. No sé...

GENERAL.—Sí, sí. Daniel dijo que el triunfo llegaría del modo más sorprendente. Cuando yo menos lo imaginase... Eres tú. Dime... (*En secreto*) ¿Te envía el rey? (*Mary, atónita, niega con la cabeza*) ¿No? Qué lastima... (*Transición*) Entonces, seguramente, ¿te envían mis enemigos? Sí, sí. Seguro.

MARY.—Pero, ¿qué está diciendo? No le comprendo. Déjeme. He de buscar a Daniel.

GENERAL.—¡Oh! Discúlpame. (*Con cierto orgullo*) Es que tengo tantos enemigos...

MARY.—¡Tan viejecito!

GENERAL.—Mi vida siempre peligra. Por eso vigilo en el torreón todas las noches.. Es terrible. Mister Brummell no lo sabe.

MARY.—Pero no sé quién es mister Brummell, ni usted. En esta casa todo es misterioso. Ni siquiera sé quién es él...

GENERAL.—¿Él?

MARY.—Sí, sí... No sé quién es Daniel. Y es necesario que lo sepa. Así no podré vivir... Anoche fue maravilloso. Él hablaba, hablaba. Todo era extraordinario. Me pareció que estaba dormida y que no despertaría nunca. Pero ese reloj es igual que el de la Residencia, y me ha hecho despertar... ¡Me recuerda la verdad: que yo no he muerto!... Usted no puede comprender... Suena todas las mañanas. Las muchachas corren ahora al jardín. Es la hora del desayuno. Hoy parece que las estoy viendo. Todas lloran. El director estará furioso y gritará: «¡Loca, loca, loca! ¡Era una mujer infame!».

GENERAL.—¡Muchacha!

MARY.—Sí, sí. Se lo han dicho los policías. «Mary ha muerto. Mary se ha ahogado en el río». (*Alucinándose*) Pero lo más terrible es ella. Cuando le digan que Mary ha muerto aún querrá bajar al fondo del río para arrojarme a la cara su maldición. ¡Oh, Dios! Voy a buscar a Daniel. Cuando habla todo es distinto... (*Transición. Volviendo*) Pero, ¿quién es Daniel? Dígamelo. Usted ha de saberlo. Usted es su huésped. Yo necesito saberlo... ¿Quién es Daniel?

GENERAL.—(*Suspense*) ¿Daniel?

MARY.—Sí.

GENERAL.—Yo tampoco sé quién es Daniel.

MARY.—¡Oh!

GENERAL.—Pero no importa. ¡Qué más da! Es mi mejor amigo. Oye. (*Acariciándola*) Voy a contarte un secreto. Yo también fui a arrojarme al río. Así. ¿No es extraordinario? (*Mary le mira fijamente*) Chis. Cuidado. No lo sabe nadie. Es un secreto. Ni Brummell. Ni Isabel. Nadie. Solo él y yo.

MARY.—¡Usted!

GENERAL.—Sí. Pero Daniel estaba allí. ¡Oh, es un gran mozo! Me trajo aquí. (*Tose*) Fue una casualidad... Porque si yo hubiera muerto aquella noche, todo, todo se hubiera perdido. ¡El sueño de toda mi vida! Eres muy joven aún, hija mía, para saber qué dura es una vida entera, muy larga, con una ilusión dentro, que nunca llega a lograrse. Mira: empezó cuando yo era un muchacho. Casi un niño. Era teniente en África. Vencí con mis soldados a una tribu de «boicorts»⁸ y gané la Medalla del Mérito. Cuando el comandante me la puso en el pecho, gritaba: «¡Muchacho, eres carne de mariscal!». (*Se detiene fatigado*) ¿Has oído? Desde entonces, la misma voz dentro de mí, a todas horas: ¡Mariscal, mariscal! (*Se calla. Tose. A veces se lleva la mano al pecho*) ¿Cómo es posible que luego, después de muchos años, siempre esperando, puedan decirle a uno: «De orden del rey, ya no eres soldado,

8 Tribu probablemente ficticia.

porque eres un pobre enfermo»? ¡Mentira! Yo no estoy enfermo. A veces, toso un poco. Viene luego la fiebre. Pero se va pronto. La vida en África era tan dura. Aquel aire. ¡Las fiebres! (*Muy fatigado*) Pero no estoy enfermo... Te lo aseguro.

MARY.—(*Ya casi arrodillada a su lado, le coge una mano. Con mucha emoción*) Calle... Por favor. ¡Oh, qué viejecito es, Dios mío!

GENERAL.—Fueron mis enemigos. Me odiaron siempre. Ellos obligaron al rey. Su Majestad les tiene miedo. Es un niño. Ya nunca podré ser mariscal. ¡Infames!

MARY.—¡Oh!

GENERAL.—Fue tan duro, tan espantoso... Huí de mi patria, lleno de vergüenza. Un militar no soporta el ridículo. Y fui a ahogarme en el río aquella noche.

MARY.—¡Qué horror!

GENERAL.—Pero, calla... Él me trajo aquí. A los pocos días de estar en esta casa todo cambió. Fue milagroso. Un día entró Daniel en mi cuarto. Venía muy alegre.

MARY.—Daniel...

GENERAL.—Sí. Durante la noche había recibido una gran noticia. Una confidencia secreta. Daniel es un caballero y no podía decirme cómo. Pero no importa. Sé que en mi país todos mis amigos conspiran en mi favor. El ejército entero está a mi lado... Todos. Pronto, muy pronto, conseguirán que el rey me nombre mariscal...

MARY.—¡Ah!

GENERAL.—Casi todos los días, Daniel tiene confidencias. ¡Ah, Daniel es un gran diplomático! Pero ahora es preciso que yo permanezca en este retiro... Llegará el día del triunfo, y entonces regresaré a mi país como un héroe. El rey me dará un abrazo y me pedirá perdón. ¡Lo sé!

MARY.—Sí... Será muy hermoso. Pero ahora es preciso callar. Hemos hablado demasiado. ¡Silencio!

GENERAL.—Sí. Pero no, no temas: no es nada. Algo de sofoco. Todo pasará cuando llegue el gran día.

MARY.—Será pronto.

GENERAL.—Sí... Además, de verdad, no estoy muy viejo. Cansado, sí...

PEDRÍN.—(*Entrando*) ¡Mi general! ¡Señorita!

GENERAL.—Hola, Pedrín. Ven, acércate... (*Con misterio*) ¿Hay noticias?

PEDRÍN.—¡Señor!

GENERAL.—Vamos. Di... (*Ríen*) No seas niño. Mary sabe todos mis secretos.

PEDRÍN.—¡Señor!

GENERAL.—Ahora mismo se lo he dicho todo. (*Ríe*) ¿Qué te parece?

PEDRÍN.—(*Azorado*) Señor...

GENERAL.—Anda, dime.

PEDRÍN.—Dentro de muy poco... El país entero pide que se nombre mariscal a su excelencia.

GENERAL.—(*Gozosísimo*) ¡Ah! ¿Oyes, Mary?

PEDRÍN.—El rey cederá muy pronto. Quizá mañana.

GENERAL.—¡Mañana! ¿Has oído? Mañana...

PEDRÍN.—Pero, ahora, es preciso dormir, señor. Hay que estar fuerte para mañana. Vamos.

GENERAL.—(*Apoyándose en el criado, tembloroso de gozo*) Iré... Al fin, Dios mío. Casi no puedo creerlo. Mañana, mañana. (*Va a salir apoyado del brazo de Pedrín. Se oyen destempladas voces de míster Brummell y se detiene.*)

BRUMMELL.—(*Dentro*) ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

MARY.—¿Qué ocurre?

BRUMMELL.—(*Dentro*) ¡Daniel! ¡Pedrín! (*Entra Daniel*).

DANIEL.—¿Qué sucede, Pedrín? ¿Tú aquí, Mary?

BRUMMELL.—(*Entra. Viene rojo de emoción, con una carta en la mano*) ¡Hurra, Daniel!! ¡Soy el mayor financiero del mundo!

PEDRÍN.—¡Hurra!

BRUMMELL.—Desde Washington piden mi ayuda para constituir un banco internacional.

DANIEL.—¡Formidable!

PEDRÍN.—Enhorabuena, señor.

BRUMMELL.—Seré omnipotente. Dominaré todos los «trusts», las grandes compañías, a los hombres más poderosos... Todos dependerán de mí. ¡Sin mí no será posible vivir en la tierra! ¿Comprendéis qué grande, qué gigantesco es esto? Es el sueño de toda mi vida... Todos los millones de la tierra pasarán por mis manos. Por estas manos... Miradlas. ¡Serán míos! ¡Míos!! ¡Míos!! ¡Oh!!

DANIEL.—Calma.

BRUMMELL.—¡Qué hermoso es esto...! ¡Brummell International Bank! Es la vida, el triunfo, la fama... Ya para siempre, para siempre. Adiós, Daniel. Toma, Pedrín.

PEDRÍN.—Señor...

BRUMMELL.—(*Arrojándole unos billetes*) ¡Toma! Hoy es el día más feliz de mi vida. Un gran día. (*Ríe muy nervioso*) Brummell International Bank... ¡Soberbio!! (*Al pasar junto al general hace un guiño*) ¡De remate! (*Y se va*).

GENERAL.—Está loco, Pedrín.

PEDRÍN.—Es un gran hombre míster Brummell. Pero si él supiera que mañana...

GENERAL.—¡Chis! Cuidado. Ni una palabra. Mañana... ¡Buen chasco! (*Van saliendo muy despacio*) Oye...

PEDRÍN.—Mi general.

GENERAL.—Mañana, en el orden del día, ifiesta para la tropa! (*Salen*).

MARY.—(*Encarándose con Daniel cuando desaparece el General con el criado*) Es falso... Todo es mentira.

DANIEL.—¡Mary!

MARY.—Los tienes engañados. Acabo de comprenderlo todo. Es espantoso. Da miedo pensarlo.

DANIEL.—No grites. Van a oírte.

MARY.—Ese pobre anciano está loco. Está desfallecido y lleno de fiebre. ¡Y le has hecho creer que es el héroe de una conspiración!

DANIEL.—Calla.

MARY.—No quiero... Déjame. Y el otro se cree dueño de todo el dinero del mundo, sin pensar que vive oculto en un rincón en medio del campo. Si ellos pensarán un solo instante, si comprendieran su locura, no te perdonarían esta burla.

DANIEL.—No. Ellos no pueden comprender... Son dichosos, alegres, como nunca lo fueron.

MARY.—Pero a costa de qué... De su locura. Eso, sí.

DANIEL.—Cállate. Fueron como tú. Gentes que quisieron morir una noche en el río. Yo los arranqué de la muerte, como a ti. Yo les devolví a la vida. A esta vida de ilusión y de triunfo, que desearon siempre, y que por no venir nunca les acercó a la muerte desesperada y ridícula. ¿No es magnífico? Ese anciano, moribundo casi, será el hombre más dichoso del mundo. Cuando muera, creará que luego las gentes han de cantar su gloria. Y, sin embargo, la otra verdad es que para el mundo murió hace unos meses. Pero su sueño vive. Vivirá hasta el último instante. ¿Qué importa el mundo, tan pequeño y tan miserable? ¿Es que los sueños de un hombre de fantasía pueden caber en el mundo?

MARY.—Daniel, Daniel...

DANIEL.—Piensa, Mary... Isabel ama una mentira, pero es absolutamente feliz, porque no puede vivir sin amor. Y porque el amor que ella sueña es tan extraordinario que solo puede ser una mentira. Todos los días recibe una carta de un amante que no existe... Son unos renglones de amor que yo dicto a Pedrín de madrugada. Míster Brummell quiso morir porque desde niño soñó con un poderío que nunca logró y que hoy tiene... Todo el dinero del mundo es suyo. ¿No lo oíste? Ha conseguido vivir todas sus ilusiones, hasta las más perversas. Figúrate. Uno de sus negocios es una gran agencia

de viajes. Lleva a los turistas desde Europa hasta la India. Cuando los turistas, conducidos por los guías de míster Brummell, se internan en la selva en busca del dios de jade, surge una partida de bandoleros, súbditos de una princesa oriental, que desvalijan a los pobres viajeros: el dinero, las alhajas, las ropas. Todo. Después, míster Brummell y la princesa se reparten el botín. Así creo que han ganado ya muchísimos millones...

MARY.—¡Qué espanto!

DANIEL.—Ca... No creas. Todo es mentira. Pedrín, que conoce muy bien el inglés, mantiene correspondencia con él en nombre de la princesa. Todo es tan falso como esa carta de Washington, que le convierte en el ser más poderoso del mundo, que ha sido escrita por mí y enviada luego desde Norteamérica por un amigo mío banquero, que se divierte mucho con estas cosas. Otras veces, el teléfono de mi amigo es nada menos que la Bolsa de Filadelfia... ¿Pero no es encantador? Pudo morir aquella noche como un delincuente fracasado. Hoy, ya ves. Los mismos emperadores son muchísimo menos poderosos que él.

MARY.—(*Resistiéndose*) Me asusta todo esto. Pobre viejecito... Pobre míster Brummell. ¡Pobre Isabel! Se van volviendo locos poco a poco, todos los días...

DANIEL.—Ellos tenían tanta hambre de creer en esta mentira... Fue sencillísimo. Los hombres, para creer en su desgracia, siempre exigen pruebas. Para creer en la felicidad, les basta con que sea hermosa...

MARY.—¡Qué terrible es esta farsa! ¡Es diabólica!

DANIEL.—No, no... El diablo fue quien los empujó al río. Yo los arranqué de allí. Después de todo, vencer al diablo no tiene ninguna importancia. Le supera cualquier hombre con un poco de imaginación...

MARY.—Aún quisiera adivinar más... ¿Por qué esta aventura?

DANIEL.—¡Mary! (*Sonriendo*) Porque es hermosa.

MARY.—¡Oh!

DANIEL.—Lo demás, qué importa. Déjalo aún. Aguarda. Un día lo sabrás todo. (*Transición*) ¿Te doy miedo, Mary?

MARY.—Sí... (*Acongojada*) ¿A mí también vas a engañarme como a ellos?

DANIEL.—¡A ti! (*Con mucha emoción*) Escucha, Mary. Hay un día en el que uno cree que la vida es más bella que nunca. Todo es pequeñito. Nada tiene importancia. El mundo parece recién hecho... Esto fue anoche... Oye, Mary. Así es el amor: cuando toda la vida se convierte en sueño, y el mejor sueño es la verdad.

MARY.—(*Semidormida*) Sí, sí. Es cierto. Yo también he sentido todo eso.

DANIEL.—¡Mary!

MARY.—Sí, sí... ¿Por qué lo dices tú? ¿Quién eres tú? Quisiera estar oyéndote siempre. ¡Si él hubiera sido así!

DANIEL.—(*Palidece*) ¿Él?

MARY.—Sí.

DANIEL.—¿Quién es él?

MARY.—Él. El profesor Fontán. No te vayas. Dame la mano. (*Se calla*).

DANIEL.—Di... Dilo todo.

MARY.—Calla... Él es muy joven, muy alto. Una voz... Y los ojos azules. Como tú. Cuando explica su lección de historia, todas las muchachas lo miran como locas. Él se pone colorado. Es un niño...

DANIEL.—Mary...

MARY.—Una vez entré en su cuarto y le robé un retrato... ¡Cómo tembló cuando me vio llegar! Se puso blanco. Y cómo gritaba «Vete, Mary. ¡Estás loca! ¡Vete!» Y empezó a hablarme de otra mujer.

DANIEL.—¡Mary!

MARY.—¡Ella no puede quererle tanto como yo le quiero!... ¡No sabrá! Es mala. Estoy segura. Ella es culpable de que yo haya sido también mala... (*Temblando*) Porque yo hice una cosa horrible, Daniel. ¡Una infamia!! Escribí una carta, ¿sabes? Una carta espantosa. Se la mandé a ella a la aldea. Le decía que él era mi amante... ¡Mío!!

DANIEL.—¡Cómo le adoras!

MARY.—Estaba loca. ¡Perdón, Dios mío! Lo hice casi sin saberlo yo misma. Pero era tan atroz pensar que él es dichoso al lado de otra mujer. Y yo, muy lejos, morirme de odio y de rencor... No, no; Daniel. No pude resistir a la idea. (*Se exalta, llena de miedo*) Ella recibió ayer mi carta, y hoy llegará a la Residencia. Reñirán para siempre. Y él será desgraciado. ¿Por qué lo hice, Dios mío? Yo solo quería hacerle dichoso... Que él supiera todo lo que le quería. ¡Pero desgraciado, no!

DANIEL.—¡Basta, Mary!

MARY.—Por eso fui al río... Daniel, Daniel, ¿no hablas? (*De pronto, toda ruborosa, se estremece y escapa de puntillas al jardín*) Dios mío, ¡qué vergüenza...! ¡Qué vergüenza!

(*Sale. Una pausa. Daniel sigue inmóvil, muy lejos. Entra Pedrín. Respetuosamente, toca a Daniel en un hombro*)

PEDRÍN.—¡Señor!

DANIEL.—(*Despertando*) ¿Qué?

PEDRÍN.—Señor... Sucede una cosa extraña... Ha llegado un individuo. Preguntó por la casa del profesor de felicidad.

DANIEL.—¿Qué dices, Pedrín? ¿Cómo sabe?...

PEDRÍN.—(*Muy apurado*) No sé. Créame el señor. Estoy asustadísimo. Quise echarle. Pero se negó a marchar. Es un desahogado. Dijo que había pasado muy mala noche y necesitaba descansar. Y ahí está, en el desván, roncando a pierna suelta.. ¿Qué hago, señor?

ISABEL.—(*Entrando*) ¡Daniel, óyeme!

DANIEL.—¡Silencio! Vete, Pedrín... (*Sale el criado*) Isabel, ¿qué ocurre?

ISABEL.—Dímelo, por favor... ¿Es cierto lo que dice el general? Di... ¿Es verdad que en esta casa hay otro huésped?

DANIEL.—Sí... Pero, ¿qué es esto? ¿Por qué este desasosiego?

ISABEL.—¡Oh! Y... ¿de veras es una mujer?

DANIEL.—Sí, Isabel. ¿Pero por qué estás tan pálida?

ISABEL.—¡Oh, Daniel, Daniel! ¿Qué has hecho...? No es posible. No puede ser. Yo no podré tolerarlo. Huiré lejos de aquí.

DANIEL.—¿Qué estás diciendo?

ISABEL.—Sí, sí... La vida aquí será imposible. No podré resistirlo... No quiero. ¿Lo oyes? Otra mujer aquí, no. Jamás. ¡Otra mujer en esta casa, no!!

DANIEL.—¿Otra mujer, no? ¡Isabel!

ISABEL.—¡No quiero! ¿Lo oyes? Él está enamorado de mí. Si otra mujer se cruza entre nosotros quizá deje de amarme. Y no quiero... ¡No quiero!!

DANIEL.—Isabel... ¿Qué locura es esa? ¿De qué hombre hablas?

ISABEL.—De él.

DANIEL.—¿Quién es él? ¡Dilo!

ISABEL.—¡Mi amor!

DANIEL.—(*Desconcertado*) ¿Quién es tu amor?

ISABEL.—(*Cae abatida en un sillón. Se estremece*) ¡Qué cruel eres, Daniel! ¡Qué amargo es descubrir todo esto! Era tan maravilloso guardarlo en el silencio. Callar siempre hasta que llegue el día, y entonces gritarlo, loca de alegría, a todo el mundo. (*Transición. Violentamente*) ¿No recuerdas ya cómo era yo aquella noche en que me salvaste la vida? Una desdichada, que moría por la traición de un canalla... Una pobre mujer, que se ahogaba porque no podía vivir sin amor. ¿Y no ves qué feliz es ahora mi vida? ¿Crees tú que la felicidad solo es un milagro? No, no, no... ¡Qué torpe, qué torpe! Ha sido él quien me ha hecho dichosa, quien luego me hará la mujer más feliz de la tierra...

DANIEL.—¡Vamos! Háblame de ese hombre. Tengo derecho a saberlo todo. ¿Quién es?

ISABEL.—(*Sonríe*) ¡Daniel!

DANIEL.—(*Mirándola fijamente*) ¡Oh, Isabel, criatura! ¡Su nombre!

ISABEL.—(*Con delicia*) No hace falta... Solo existe para mí. Ven, Daniel... Fue a los pocos días de estar en esta casa. Cuando más te aborrecía por haberme salvado la vida... Si tú supieras con qué furia. Cómo he deseado tu muerte entonces... Cuántas veces me sentí tu asesino en aquellas horas de soledad, arriba en el desván. Qué horrible es querer morir y sentir que no es posible... Pero, aquella mañana, en el desván, apareció un carta en el suelo. Alguien la arrojó por debajo de la puerta, mientras yo dormía... Mírala.

DANIEL.—(*Absorto*) ¡Ah! La carta...

ISABEL.—Mírala. La llevo siempre conmigo...

DANIEL.—Esa carta...

ISABEL.—Oye... te la leeré. (*Leyendo*) «Isabel, querida mía, amor...» ¿Oyes, Daniel? «No me busques entre tus recuerdos... No sabes quién soy. Yo sí te he visto día a día. Te vi llena de dolor, cuando otro hombre te hacía sufrir. Ahora sé que ahí, en el campo, aprenderás a odiarle. Si pudieras aprender también a quererme a mí un poco». ¿Escuchas, Daniel? ¿No es un encanto? «Isabel, amor, vida mía, que has querido morir, sin haber adivinado que yo existía, sin saber nada de esta ternura mía, que era toda para ti. Piensa un poco en mí, aunque todavía no sepas quién soy. Sueña, sueña, sueña...» ¿Has oído, Daniel? ¿Has comprendido?... Es un hombre que me quiere. Un hombre que solo piensa en mí. ¡Oh Dios, Dios, qué hermosura!

DANIEL.—¡Isabel! ¡Isabel!

ISABEL.—Calla, Daniel... (*Como en un sueño*) Sé que existe y está enamorado de mí... Yo le quiero ya con toda mi alma. Sigo lo que él me manda, y todo ha sido como un milagro... De tanto pensar en él en mi cuarto, en el jardín paseando, aquí, junto a la chimenea, mientras todos duermen, he llegado a adivinar quién es.

DANIEL.—¡No! Eso es imposible. Estás loca, iloca!

ISABEL.—¡Pobre Daniel! Estoy tan cierta... No puedo equivocarme. ¡Está aquí! Lo sé. (*Como si desvariase*).

DANIEL.—¡Oh, basta! Cállate.

ISABEL.—¿Comprendes ahora, Daniel, por qué no puedo soportar otra mujer cerca de mí? Una extraña nos separaría... Él tendría que mirarla cara a cara, oír su voz; ver sus ojos, sus manos. Quizá sea más hermosa que yo. Sería mi rival... No quiero, Daniel, no quiero. ¡Si él dejase de amarme sería capaz de ir otra vez al río como aquella noche!... (*Transición*) Daniel, por piedad... Llévate a esa mujer que has traído. Por piedad, por piedad...

DANIEL.—Isabel, amiga mía. Estoy pensando... Si ese hombre que tú amas fuese solo un poco de imaginación. ¡Si en realidad no existiese!

ISABEL.—¿Qué dices?

DANIEL.—Eres una chiquilla llena de delirio... Temo a veces que enloquezcas.

ISABEL.—(*Erguida*) Pero olvidas que a él no le he inventado yo. Esta carta es una realidad.

DANIEL.—(*Misteriosamente indefnible*) ¡La carta! La carta... ¡Oh, Isabel!

ISABEL.—Habla... Di. ¿Por qué me miras de ese modo? (*Mirándole con toda el alma, trémula de amor y ternura*) ¡Daniel! Pero es que aún crees que no sé quién escribe esa carta... Lo adiviné el primer día. Solo hay un hombre que pueda amar así. El más maravilloso de todos... ¿Oyes, Daniel?

DANIEL.—¡Isabel! ¡Mi pobre Isabel! ¡Oh, Dios! ¡Dios!

(*Surge, allá, en la puerta de entrada, Mary. Impetuosa, viva, grácil. El pelo alborotado, y un manojo de flores blancas en la mano*)

MARY.—¡Daniel!

DANIEL.—¡Mary!

MARY.—Mira..., tu jardín está lleno de flores de azahar. ¡Míralas!

ISABEL.—(*En un estremecimiento. Sin volverse*) ¡Daniel!

DANIEL.—¡Isabel!

ISABEL.—(*Temblando*) ¿Es ella?

DANIEL.—Sí... Es Mary.

ISABEL.—¡No quiero verla! ¡No quiero!

DANIEL.—¡Isabel!

ISABEL.—¡Y no quiero que tú la mires! ¿Has oído? ¡No la mires! ¡No la mires!!

(*A Mary, despavorida, se le desprenden las flores de las manos*)

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Igual decorado. Luz de luna tras el ventanal. Nadie en escena al levantarse el telón. En el jardín aparece Isabel. Se acerca a la vidriera y llama suavemente. Viene recelosa, como escapada.

ISABEL.—¡Mary! Mary, oye. (*Aparece Mary*) ¡Mary!

MARY.—¿Quién es?

ISABEL.—Soy yo, Isabel.

MARY.—¡Déjeme! No quiero verla.

ISABEL.—¡María!

MARY.—¡Váyase! Gritaré. Me da miedo.

ISABEL.—¡Calla!

(Surgiendo ya en la puerta del jardín. Entra)

¡No grites!

MARY.—¡Déjeme!

ISABEL.—¡Calla! He podido burlar la vigilancia de Pedrín porque me creen durmiendo. Daniel no quiere que te hable. Pero tengo que decirte muchas cosas, María...

MARY.—¡No hable usted así!

ISABEL.—¡Oh! No grites...; por piedad. Vengo a suplicarte, Mary. Eres una chiquilla. Esta mañana creí volverme loca... Perdóname. Ahora es necesario que me oigas... No huyas. Ven aquí. Óyeme... ¡Qué bonita eres!

MARY.—(*Yendo hacia ella*) ¿Por qué me odia? Yo no le hice nada. No sé quién es usted...

ISABEL.—Mary, he venido a pedirte con toda el alma...

MARY.—¡Hable!

ISABEL.—¡Vete, Mary! ¡Márchate a la ciudad!

MARY.—¡Oh!

ISABEL.—Deja esta casa... ¡Pronto! Si tú supieras, Mary. ¡Te lo pido con toda el alma! No puedes estar aquí ni un día más. Esta noche, cuando todos duerman, yo bajaré al jardín como todas las noches. Te llamaré de madrugada. Y te irás: la ciudad está cerca. No lo sabrá nadie. (*Anhelante*) ¿Lo harás así, Mary?

MARY.—(*Un sollozo*) ¡Oh!

ISABEL.—¡Di!

MARY.—No puedo...

ISABEL.—¿Qué dices? Es necesario. Es mi felicidad. Tengo derecho. Tú no puedes comprender: eres una niña, Mary; te lo pediré de rodillas... ¡Vete!!

MARY.—¡No es posible! No puedo volver a la Residencia... Me arrojarían todos como a una mala mujer. ¡Sería horrible!

ISABEL.—¡Oh!

MARY.—¡No volveré nunca! Para todos he muerto ahogada en el río... La vida allí, otra vez, sería peor que la muerte. ¡No, no! ¡No volveré jamás!

ISABEL.—(*Con violencia*) ¡Mary!

MARY.—¡No quiero!

ISABEL.—¡Mary!

MARY.—¡Usted no tiene ningún derecho para obligarme a salir de aquí! No le importo nada. ¡Ni siquiera sé quién es usted!

ISABEL.—¡Cállate!! (*Un pequeño silencio. Todo angustia*) Escucha, Mary... Es preciso que salgas de esta casa... Mírame a los ojos... Una noche quise morir en el río por la traición de un hombre. Pero ni yo misma sabía entonces que mi locura no era porque él me hubiera engañado, sino porque había perdido el amor... ¡El amor! No es posible vivir sin amor. La vida es seca y triste si a diario no nos dicen: te quiero, te quiero... ¿Oyes, María? Y entonces vale más la muerte, que es el único sueño para olvidar. Por eso quise morir... Me arrancó del puente Daniel, como a ti... ¿Comprendes? Y al poco tiempo, aquí, como un milagro, he vuelto a sentir el amor dentro de mí. Un amor nuevo y alegre y lleno de sueños. Un amor de maravilla. Tú no sabes qué delicia es que nos amen así, con un amor lleno de secreto, y tener que soñar todas las noches para descubrir quién es él... Lo comprendí enseguida. ¡Era Daniel!

MARY.—¡Daniel!

ISABEL.—(*Toda gozo y temblor*) ¡Daniel! La carta de todos los días traía sus palabras de siempre, su alegría... Yo leía la carta una y otra vez, y de pronto, cerraba los ojos y aparecía ante mí el propio Daniel, muy contento, con los ojos abiertos. Algunas noches hasta creí oír su voz: «Isabel, mi Isabel...». Apretaba más los ojos y sentí cómo Daniel me llevaba por el campo cogida de la cintura. (*Sonríe*) Hay una cosa que aún no pude imaginar: sus besos... Pero no importa. Sé que pronto, muy pronto, una noche, cuando yo esté

soñando con él, Daniel llamará en la puerta de mi cuarto para decirme:
«Isabel, soy tu amado, el que te escribe estas cartas misteriosas, Daniel...».

MARY.—(*Asustada*) ¡Isabel!

ISABEL.—¿Has oído, Mary? Esto es la felicidad, la vida... ¡Y no quiero perderlo!
Yo solo puedo vivir cuando me aman... Si perdiera a Daniel me mataría.
Y quiero vivir siempre, toda la vida a su lado... (*Transición*) ¡Vete de aquí,
Mary!

MARY.—No, no... ¡No!

ISABEL.—¡Vete! Pero, ¿es que no has comprendido aún? ¿No ves que tengo celos?

MARY.—¡No me mire así!

ISABEL.—¡Vete!

MARY.—¡No me toque! Me da horror.

ISABEL.—(*Le coge una mano*) ¡Silencio! ¿Estás loca, Mary?

MARY.—¡Suelte! Deje... Usted, sí, está loca.

ISABEL.—Loca... No. Le adoro.

MARY.—¡Basta! Esto es espantoso.. Una pesadilla. Una farsa. Usted está engañada.
Le han mentido. Todo eso no es verdad...

ISABEL.—(*Temblando*) ¡No!

MARY.—(*Fuera de sí*) ¡Sí, sí! Todo lo ha inventado Daniel. Pero, cómo es posible
que usted no lo haya adivinado. Ciega, ciega.

ISABEL.—¡¡Mientes!!

MARY.—Digo la verdad... Él ha creado esa ilusión para que usted fuera dichosa...

ISABEL.—¡No! Eso, no. ¡Mientes!

MARY.—Es usted una loca. Está alucinada. Como el general y Brummell. Lo
mismo. Todos viven una vida de mentira...

ISABEL.—(*Como muerta*) ¡¡Qué!!

MARY.—Ya lo sabe usted...

ISABEL.—Pero entonces... (*Frenética, enloquecida*) ¡Daniel me ha engañado!

MARY.—¡Sí!...

ISABEL.—¡Todo ha sido una mentira! ¡No es verdad!

MARY.—(*Huyendo de ella*) ¡Isabel!

ISABEL.—¡¡No era verdad!! (*Desplomándose en un sillón*) ¡¡No era verdad!!

MARY.—(*Escapando aterrada*) ¿Qué he hecho, Dios mío? ¿Qué he hecho?

ISABEL.—¡No era verdad! ¡¡No era verdad!!

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

La misma estancia. Amanece. Isabel continúa hundida en su sillón. Tiene los ojos cerrados. Cruza Pedrín la estancia. Sonríe al ver a Isabel. Apaga la luz de la pantalla y sale. Una pausa. Aparece míster Brummell. Trae una maquina portátil de escribir, se instala en la mesa y tecléa lejano y prosopopéyico. Una pausa. De pronto, Isabel, en una violenta transición, se pone en pie.

ISABEL.—(*Lívica, contraída*) ¡Míster Brummell!

BRUMMELL.—(*Levanta la cabeza, pónese un dedo en los labios*) ¡Chis!... Por favor. Ahora no puedo atenderla, amiga mía.

ISABEL.—¡¡Míster Brummell!!

BRUMMELL.—Chis. Le ruego que no me distraiga. (*Escribe*).

ISABEL.—(*Avanzando airadamente hacia él*) Ha de oírme usted...

BRUMMELL.—(*Saca el pliego de la máquina y le dobla tranquilamente*) ¡OK! Ya está. Resulta que soy el hombre más poderoso de la humanidad. Primer accionista y presidente del Brummell International Bank... Dentro de unos días seré millonario, seguramente. Pero, sin embargo, vea usted, yo no descanso. Acabo de redactar el proyecto para un nuevo negocio... Hoy estoy inspiradísimo. A usted puedo decírselo... (*Muy en secreto*) He decidido comprar las islas Hawai... (*Ríe*) Como usted lo oye. Pero, ¡chitón! Ya sé lo que usted va a decirme. Hoy día las islas Hawai no son un gran negocio... Están demasiado explotadas. Lo sé... Todo el turismo internacional ha hecho un viaje a las islas Hawai... Pero no importa. Aquí está lo maravilloso, lo extraordinario: he decidido cambiarle el clima a las islas Hawai... (*Ríe*) Así, así. Como usted lo oye. Las islas Hawai tendrán un nuevo clima. Facilísimo. Cuestión de propaganda. Todo el turismo internacional correrá otra vez para morir de frío...

ISABEL.—(*Exasperada*) ¡Oh, basta, basta! Cállese, míster Brummell...

BRUMMELL.—Hija, me ha asustado usted.

ISABEL.—¡Todo es mentira!

BRUMMELL.—¿Eh?

ISABEL.—¡Todo! ¡¡Todo es mentira!! Un embuste... Un embuste... Un engaño horrible. ¡Fuera ya esta farsa cruel y estúpida!

BRUMMELL.—¡Isabel!... ¿De qué diablos habla usted?

ISABEL.—No es verdad nada, míster Brummell. Ni mi felicidad. Ni los sueños del pobre viejo, ni los negocios de usted... ¡Nada! ¡Nada!

BRUMMELL.—Pero... ¡Usted se ha vuelto loca!

ISABEL.—Vuelva usted a la razón. Comprenda... Daniel nos ha engañado...

BRUMMELL.—*(Ríe)* Vamos, vamos. Quite.

ISABEL.—¡Abra los ojos! Fuera esa venda... Nuestra vida es una farsa que inventó Daniel. Usted no es rico ni poderoso.

BRUMMELL.—¡Eh!! *(Transición)* Ta, ta, ta... Usted se ha vuelto loca.

ISABEL.—No existen los negocios de los que usted se cree dueño... Son una fantasía. Las cartas que usted recibe son falsas, como las mías.

BRUMMELL.—*(Cayendo en un sillón)* ¿Qué está diciendo?

ISABEL.—Es usted un pobre miserable como yo... Un iluso. Eso, eso, nada más.

BRUMMELL.—¡Isabel!!

ISABEL.—Qué horrible, ¿verdad? Ver caerse así toda la vida sin remedio... ¡Ah, canalla, canalla! ¡Canalla!!

BRUMMELL.—*(Con tremenda angustia)* No, no, no... No puedo creerlo... *(Feroz)* ¡No la creo a usted! La han engañado. Todo eso es imposible... Mis negocios son verdad... ¡Si lo sabré yo! Mis acciones, mi banco... Mis cuentas corrientes. ¡Mi dinero! ¡Mi dinero!

ISABEL.—¡Mentira todo! ¡Como mi amor!

BRUMMELL.—Dígame que me engaña. Daniel no miente; no ha podido jugar así conmigo...

ISABEL.—Es un canalla.

BRUMMELL.—¡No, Isabel! Por piedad. Por piedad... Esto es horrible. Saberlo es peor que la muerte...

ISABEL.—¡Sí!

BRUMMELL.—Dígame que usted sí me ha engañado... Tenga lástima de mí, Isabel. Hija mía... ¡Piedad! ¡Piedad! Dígame que era todo verdad...

ISABEL.—*(Desplomada en un sollozo)* ¡Qué más quisiera yo!

BRUMMELL.—¡Oh!! *(Un grito horrible)* Entonces... ¿Qué soy yo?

(Isabel solloza en un sillón. Brummell, en pie, tremendo y feroz)

¡Daniel! ¡Daniel! ¡Daniel!!

(Daniel, grave, sereno, silencioso, en la puerta, avanzando hacia él)

¡Dilo! ¡Dilo tú! ¿Verdad que mi banco no es un embuste? Ni mis buques, ni mi dinero...

(Daniel tiene los ojos húmedos y el rostro blanco)

Vamos. Di que Isabel es una chiquilla embustera, envidiosa y mal criada. ¡Pronto!
 ¡Di que todo lo que dice es una calumnia! ¡Dilo!... ¿No ves que me muero?
 ¿No hablas, Daniel? ¿Te callas?

ISABEL.—¡Canalla!

BRUMMELL.—¡¡No habla!!

ISABEL.—(*Frente a Daniel, violenta, airada, con la mirada imponente de rencor, rabia e ironía*) No, no; no hablará ya nunca... Ya no es preciso. Ya se burló bastante de nosotros. ¡Qué extraordinario es jugar con el destino de los demás, con su ilusión, con su fantasía! ¡Qué delicioso es convertir en peleles a todos los que te rodean!... ¡Ser tú el único que tiene una vida cierta! ¡Ver que todos desvarían como locos, y tú, jugar siempre con ellos y aumentar sus locuras! El único cuerdo en un mundo de alucinados... ¡Cuánto habrás gozado! ¡Qué hermosa debe ser esa infamia!...

DANIEL.—¡¡Isabel!!

ISABEL.—¡¡Cállate!! No tienes derecho a hablar... (*Yendo a él amenazadora*) Ni a defenderte. Deberías esperar a que te cruzara la cara...

DANIEL.—¡Isabel!

ISABEL.—Has sido un miserable. Esta es tu felicidad... Hiciste que me enamorara de ti a través de un papel embustero, sabiendo que mi necesidad de amar es más grande que mi propia vida. Solo hubieras estado contento si un día me hubieran saltado las sienes de tanto consumir mi pobre cerebro con la imaginación de un sueño. Era muy fácil aquí, en el campo, sin más seres humanos que nosotros, estimular la imaginación de una pobre mujer, medio loca. ¡Qué claro es todo ahora! ¿Verdad? ¡Oh, qué miserable, qué ruin eres!

DANIEL.—¡¡Isabel!! ¡Calla!

ISABEL.—¡No quiero! Me oirás siempre, siempre. Te lo juro. Tengo derecho. Te acusaré. Sé que ya nunca encontraré un amor parecido al que me has obligado a soñar. Al que me has hecho querer con toda mi alma. Todavía te siento dentro de mí, sin poder apartarte del todo... ¡Ah!, ¿por qué te he conocido? Nunca, nunca seré ya feliz... Porque tú, tú, Daniel, has destrozado mi vida para siempre.

DANIEL.—¡Alto, mujer! ¿Qué gritas? ¡Tu vida! ¿Qué es eso? ¿Qué es tu vida? ¿Es aquello que fuiste a tirar para siempre aquella noche en el agua del río? ¿Qué es tu vida? ¿Pero es que tú vives? ¿No hubieras sido tu propio asesino si yo no te hubiera arrancado de allí por la fuerza de los puños, para enseñarte que la vida siempre es bella cuando hay cielo, nubes, luz y un poco de fantasía? ¿Es que tu voluntad no fue morir aquella noche? ¿Lo recuerdas? Entonces, mujer, mujer... (*Arrojándola sobre el sillón*) ¿De qué vida hablas? ¿Con qué derecho exiges nada en nombre de ella, si esta vida tuya, tus sueños, y tu realidad, tu

carne y tu alma, te la he salvado yo?... ¡Yo!! ¿Lo oyes, Isabel? Eres obra mía... Como esa mentira de la que reniegas sin pensar que ya nunca, nunca, serás capaz de adorar con más fuerza una verdad... ¿No pusiste en esa ilusión tu mejor alegría, toda tu codicia de ser feliz? Yo quise que vivieras para hacerte feliz, y lo he conseguido... A mi lado has sido dichosa como nunca lo fuiste. Como jamás, jamás, volverás a serlo...

ISABEL.—(*Sofocada, sin voz casi*) ¡Daniel!

BRUMMELL.—¡Maldición!

DANIEL.—(*Volviéndose atónito*) ¡Eh, Brummell! ¿Adónde va usted?

(*Sorprendido en la puerta, a punto de escapar*)

BRUMMELL.—Lejos... A la ciudad.

DANIEL.—¡No!

BRUMMELL.—Sí, quita. ¡Suéltame! Yo soy fuerte. Quiero luchar. Vencer. Aún es tiempo...

DANIEL.—¡No! Pero, ¿es que ha olvidado usted por qué quiso ahogarse aquella noche en el río?

BRUMMELL.—(*Helado*) ¡Daniel!!

DANIEL.—Recuerde... Esta casa ha sido un refugio para usted. Fuera, en el mundo, en la ciudad, con los demás hombres, solo hay para usted unos policías, un juez y una prisión...

BRUMMELL.—(*Derrotado*) ¡Daniel!

DANIEL.—¿Es que usted mismo se ha olvidado de quién es?

(*Entran el Jefe Superior de Policía, Dovalín y Pedrín*)

EL JEFE.—(*Cortés e irónico*) No importa... Nosotros podemos recordárselo perfectamente.

DANIEL.—¿Qué significa esto? ¿Quién es esta gente, Pedrín?

PEDRÍN.—Señor, no pude evitarlo...

DANIEL.—¡Fuera de aquí!

EL JEFE.—Vamos, un poco de paciencia. (*Sonríe*) El señor es Fernando Brummell, antiguo cajero del Banco Nacional. Autor de una estafa de un millón de pesetas.

BRUMMELL.—(*Estremecido*) ¡Daniel!!

EL JEFE.—Yo soy el Jefe Superior de Policía... Dovalín, mi mejor agente, que ha trabajado de un modo estupendo.

BRUMMELL.—¡La Policía! ¡La Policía! ¿Oyes, Daniel? ¡¡Son policías!! Van a llevarme. No lo permitas. No, no. ¡Sálvame tú, por piedad! ¡¡Es la cárcel!! ¡¡No dejes que me lleven!! ¡Habla! ¡No! ¡No! ¡No! ¡¡A la cárcel, no!! ¡No quiero, no quiero!

EL JEFE.—¡Oh, por favor! ¡Dígale que no grite!

BRUMMELL.—¡A la cárcel, no! Antes la muerte. ¿Por qué no hablas, Daniel? Óigame a mí, señor. (*Casi de rodillas ante el Jefe*) Usted no sabe qué horrible era tener entre las manos todos los días aquel dinero... Solo me hacía falta un poco de aquel dinero que a diario caía en mis manos para convertirlo en mi propia riqueza... Siempre pensé devolverlo. Se lo juro. Yo no soy un ladrón. No, no... Cuando me vi perdido, decidí ahogarme en el río. Pero llegó él... Me traje aquí... A los pocos días me dijo que, sin saberlo yo mismo, mi última jugada en la Bolsa de Londres había resultado acertada... Me aseguró que tenía algún dinero. Cerré los ojos y lo creí con todas mis fuerzas. Volvería a empezar. Pero desde aquí, oculto en esta casa... A veces, yo mismo pensaba que todo esto tenía que ser mentira. Pero era tan bonito cerrar los ojos y creerlo... Pero habla tú, Daniel... Y usted, señor, dígame que no va a llevarme... ¿Verdad que no iré preso?

EL JEFE.—(*Gravemente*) Sí.

BRUMMELL.—¡Ayúdame, Daniel! (*Refugiándose en él como un chiquillo*) ¡Socórreme!

DANIEL.—No. ¡No irá usted, Brummell!

EL JEFE.—¿Qué dice usted?

DANIEL.—Usted no tiene ningún derecho, señor.

BRUMMELL.—¡¡Ah!!

EL JEFE.—¿Cómo? Yo soy la autoridad, le ley, la justicia...

DANIEL.—Sí, es cierto. Pero la verdad es que míster Brummell ya no es un hombre. Dejó de serlo aquella madrugada, cuando fue a arrojarse al río... Para todos es un muerto. ¿Qué importa, ante esa verdad, la ley, la justicia y el mundo entero?

EL JEFE.—¡Oh, no! ¡Es el colmo!

DANIEL.—Brummell es mío nada más... Yo se lo quité a la muerte. Me pertenece. Nació otra vez. Vivió una vida nueva. Llegó a ella alegre como un recién nacido... ¿Quién es usted para entrar en ese mundo, donde jamás existió ni la ley ni la justicia?

EL JEFE.—(*Violento*) Pero está usted loco y ciego. No comprende usted su obra. Es usted cómplice de un delincuente. Ha ocultado usted un estafador a la justicia.

DANIEL.—¡No es verdad! Cuando decidió matarse, la ley lo había perdido para siempre... Míster Brummell no puede resucitar. ¡No tiene usted ningún derecho sobre él! No saldrá de aquí...

EL JEFE.—¡Basta! Olvida usted que en este momento soy la ley y la justicia. Pero, además, soy la razón.

DANIEL.—¡La razón!

EL JEFE.—Sí. ¡Y la fuerza! Dentro de unos minutos llegará un destacamento de agentes. Si es preciso emplearemos la violencia... Yo cumpliré mi deber. Usted mismo explicará al juez su hazaña. Y ese hombre vendrá conmigo.

BRUMMELL.—(*En un éxtasis de terror*) ¡¡No!!

(*Todos se vuelven*)

¡¡No!!

EL JEFE.—¡Silencio!

BRUMMELL.—¡¡No!! ¡No iré! Nunca... ¡Lo juro! ¡La cárcel, jamás!! ¡Jamás!! ¡No iré!
¡¡No iré!! (*Y escapa*).

DANIEL.—Brummell...

ISABEL.—¡Oh, míster Brummell!

EL JEFE.—(*Airadísimo*) ¡Pronto, Dovalín! Alcáncelo. Aprisa...

DOVALÍN.—Sí, señor. (*Corre detrás de Brummell*).

PEDRÍN.—¡Míster Brummell!

(*Corre también. El Jefe pasea nervioso. Daniel se tapa la cara con las manos. Al fondo, acurrucada en un sillón, Isabel es un ser sin vida y sin alma*)

EL JEFE.—¡Horrible! Espantoso. Increíble. (*Encarándose con Daniel*) Pero, ¿por qué hizo esto usted? ¿Qué locura es esta? ¿Qué interés tiene usted en esta aventura?

DANIEL.—¡Locura! ¡Interés! Pero, ¿por qué dar nombres atroces a las cosas sencillas y alegres?

PEDRÍN.—(*Cruza la escena agitadísimo*) Señor, algo tremendo...

DANIEL.—Pedrín.

PEDRÍN.—Míster Brummell se ha encerrado en mi alcoba. Él sabe que yo tengo una pistola...

DANIEL.—¡Oh!

PEDRÍN.—Ha saltado por la ventana y corre hacia la carretera...

(*Brinca el ventanal y corre por el jardín*)

EL JEFE.—¡Oh! (*Ante el ventanal*) ¡Duro, Dovalín! ¡¡Corra!! Más, más, más...

ISABEL.—¡Dios mío!

DANIEL.—Brummell... Brummell... Brummell... (*Un pistoletazo*) ¡¡Brummell!

ISABEL.—(*Un gemido*) ¡Oh! ¡Dios mío!

EL JEFE.—(*Muy emocionado*) ¡¡Dios!! Qué loco... ¡Se mató!

DANIEL.—¡Qué horror! (*Ronco*) Brummell, amigo mío... Querido. Mi pobre amigo...

ISABEL.—(*Resurgiendo. En una enorme transición*) ¡Ahora sí estará usted contento!

EL JEFE.—¡Cállese!

ISABEL.—¡Ha triunfado usted! Grite, grite... ¡Vamos! Dígalo fuerte... Ha vencido la razón nada menos. ¿No está usted alegre? El estafador se ha castigado a sí mismo para siempre. El pobre loco ha recuperado la razón. ¡Se ha matado!! Ya es inútil la fantasía, el sueño, todo lo que puede hacer dichoso al hombre más desdichado... ¡Grite! ¡Alégrese! ¡Ha triunfado la verdad! Pero vea usted qué verdad tan espantosa, tan horrible...

(*Vuelven Dovalín y el criado*)

DOVALÍN.—Se pegó un tiro en la sien. Fue imposible alcanzarle, Excelencia. Corría como un demonio.

PEDRÍN.—Señor, señor. (*Muy apurado*) El general viene hacia aquí...

DANIEL.—¡El general! Él no sabe nada. Él sueña aún.

PEDRÍN.—Sí... Va a ser tremendo.

DANIEL.—¡Ah, no! Eso, no. Él no despertará nunca. (*Se encara con todos*) Oídme. Ese anciano no ha de despertar... Sería su muerte. ¡Cuidado! Si alguien intenta sacarle de su engaño, si alguien quiere volverlo a esta realidad estúpida y dolorosa, si alguien le arranca de su sueño... Al que sea, ¡lo mato!

ISABEL.—¡Sí, Daniel! ¡Mátalo!

(*Y en la puerta, la figura temblorosa del General*)

GENERAL.—Daniel, hijo. ¿Qué ha sucedido? He oído gritar, y luego como un tiro...

DANIEL.—No era un tiro. Eran salvas en vuestro honor...

GENERAL.—(*Suspenso*) ¿En mi honor?

DANIEL.—(*Solemne*) Sí, mariscal.

GENERAL.—(*Conmovidísimo*) ¿Qué has dicho? ¡Mariscal! ¿Yo, mariscal? Al fin, Dios mío. Habla, Daniel. ¡Repítelo!!

DANIEL.—(*Inclinándose*) Sí, Excelencia... ¡Primer mariscal de todos los ejércitos, por orden de su Majestad!

GENERAL.—¡Mariscal! ¡Por orden del rey!... (*Voz de sollozo*) ¡Qué hermosura...! Es casi un sueño. ¡Mariscal!

(Todos los personajes, incluso los dos policías, llenos de una extraordinaria emoción, se inclinan profundamente en una gran reverencia)

Mariscal...

TELÓN

CUADRO TERCERO

Horas más tarde, en el mismo lugar. Pronto atardecerá. Isabel, sola. Entra Daniel.

ISABEL.—¿Se lo han llevado?

DANIEL.—Sí.

ISABEL.—¡Pobre míster Brummel! (*Un silencio*) Es horrible pensar que fui yo, ¡yo!, quien primero vio sus ojos estremecidos por la realidad...

DANIEL.—Cállate... Deberías descansar un poco, Isabel... (*Otro gran silencio*).

ISABEL.—(*Sacudida*) ¡Ah!

DANIEL.—¿Qué piensas?

ISABEL.—(*Muy despacio*) No lo sé... He venido aquí a sentarme en este sillón, a mi chimenea, para huir de todo... De ese cadáver horrible, de esos policías que andan por toda la casa, de ti mismo, que me recuerdas tanto. En este rincón ha sido mi felicidad. Por las noches, cuando más encogida estaba, tiritando de frío, aparecías tú. Te sentabas ahí... (*Señalando al suelo*) Y hasta hablabas, hablabas. ¡Oh, qué cortas eran las noches! Y mientras, tú, en tu despacho, le dictabas a tu criado una carta de amor, que era mi delirio para el día siguiente... (*Un gemido*) Ya sé que fue mentira, pero aun ahora, si vieras que he venido aquí corriendo por el pasillo, con la esperanza de encontrarte todavía como aquellas noches...

DANIEL.—¿Tanto me has querido, Isabel?

ISABEL.—(*Inefablemente*) Tanto... ¡Oh, no me mires, Daniel! ¡Qué loca soy...! (*Transición*) Pero te comprendo, Daniel...

DANIEL.—¿Es cierto?

ISABEL.—¡Sí! (*Decidida*) ¡Adiós, Daniel!

DANIEL.—(*Alza la cabeza*) ¡Isabel!

ISABEL.—Adiós... Me marcho. (*Otra pausa*) He pensado mucho desde esta mañana. Ha sido espantoso. No sé cómo decírtelo. Creo que estoy enferma. Necesito aire y luz. Estoy como deslumbrada. Sí, eso es. Me has tenido mucho tiempo con los ojos tapados por una venda y ahora no puedo mirar al sol cara a cara. Estoy como ciega. Perdóname, Daniel; tengo que irme de aquí.

DANIEL.—(*Mirándola fijamente*) ¿Adónde irás?

ISABEL.—No, no temas... Suicidarse es de mal gusto. Es lección tuya; será inolvidable. (*Tiembla*) ¡Pobre míster Brummel! ¡Pobre Isabel! (*Sonríe*) Iré

al mundo. Para una mujer que viene de tan lejos, el mundo no debe ser demasiado grande ni demasiado difícil. ¿No crees? Efectivamente, tú decías verdad: lo importante es tener un poco de imaginación.

DANIEL.—¡Sí!

ISABEL.—(*Bruscamente emocionada*) ¡Perdóname, Daniel!

DANIEL.—¡Isabel! Loca...

ISABEL.—¡Perdóname todo! Mis palabras, mis gritos, mis insultos... Estaba trastornada. Pero tú lo comprendes, ¿verdad? Te quería con toda mi alma. Yo solo sé querer así, soñando, pero más allá del sueño. Ya no me importa decírtelo... No, no. No hables... No quiero más que un poco de piedad. Oye, Daniel. (*Ruborizándose*) ¿No crees tú que en la propia vida se puede encontrar el amor de un sueño?

DANIEL.—Sí. No hay un solo sueño que no sea posible en la propia vida. Para encontrarlo basta con ser alegre y olvidarse de la muerte.

ISABEL.—¡Gracias, Daniel! Yo lo encontraré. Te lo juro. (*Otra voz*) Adiós...

DANIEL.—Isabel... Adiós. ¡Perdón!

ISABEL.—(*Toda emocionada*) Mi profesor de felicidad. ¡Adiós!

(Se escapa por el jardín. Daniel va a la vidriera y desde allí la despide con la mano. Entra Pedrín)

PEDRÍN.—Señor..., la señorita Mary no está en casa.

DANIEL.—¿Qué dices?

PEDRÍN.—La busqué por todos los rincones. Y nada. He mirado en el jardín... Los alrededores.

DANIEL.—Es necesario encontrarla, Pedrín.

PEDRÍN.—¡Señor!

DANIEL.—¡Pronto! Búscala, llámala, grita...

EL JEFE.—(*Que entró lentamente un instante antes*) No... Es inútil.

DANIEL.—¿Qué sabe usted? Dígamelo.

EL JEFE.—Vamos... Tranquilícese. La muchacha está lejos de aquí. Seguramente, a esta hora ya ha llegado a la Residencia.

DANIEL.—¡A la Residencia!

EL JEFE.—Sí. (*Una pausa*) Todo ha sido una historia de colegio, que pudo ser trágica sin la intervención de usted. Estas chicas románticas, que se enamoran del profesor, son terribles... Son vibrantes, apasionadas, tienen una tremenda imaginación y no pueden resistir la sugestión de un profesor joven y gallardo. Graciosísimo... Uno ya es viejo, y además, hombre serio, pero de todas maneras, no es difícil comprender estas cosas.

DANIEL.—¿Quién es él?

EL JEFE.—Fontán... Un joven intelectual. Figúrese usted... Él se asustó tanto cuando vio llegar a él una muchacha tan pura, tan inocente, pero llena de frenesí y de cariño. ¡Demonio de muchacha! Pero él es un caballero. Resistió... Inventó la historia de otro amor inexistente. Todo mentira. La pobrecilla ya sabe usted cómo reaccionó: buscando la muerte... ¡Ah!

DANIEL.—¡Mi pobre Mary!

EL JEFE.—Ahora es distinto... ¿Qué hombre dejará de amar a una niña que es capaz de morir por él? Cuando la chiquilla llegue al internado, el profesor la esperará con los brazos abiertos. Pasará un poco de tiempo. Ella abandonará la Residencia. Y serán un matrimonio encantador... (*Filosófico*) ¡Ah! La vida. (*Acercándose a Daniel y poniéndole una mano en el hombro*) Vamos... ¿Todavía me guarda usted mucho rencor? Siéntese aquí, a mi lado. Hablaremos un poco. Hay muchas cosas que usted ignora. La policía vigilaba el puente la noche que usted salvó a la muchacha...

DANIEL.—¡Usted!

EL JEFE.—Sí. Íbamos tras el falso suicidio de ese pobre hombre... Dovalín adivinó que en usted estaba el secreto. Oyó palabras sueltas. Vio que la muchacha venía con usted hasta aquí. Los siguió. Yo me puse en comunicación con la Residencia de señoritas. Al poco llegaba Dovalín aquí. Quién nos hubiera dicho que entrar en esta casa era tanto como entrar en otro mundo... Luego, esta mañana fue el mismo Dovalín quien abrió a esa chiquilla las puertas de esta casa. Créame. Ha sido mejor así. Ella tendrá siempre un buen recuerdo de usted, que le salvó la vida y la felicidad. Jamás sabrá que el sueño de Brummell terminó saltándose la tapa de los sesos.

DANIEL.—Sí. Todo pasó. (*En pie, decidido*) Cuando usted quiera. Estoy a sus órdenes. Nos aguarda el juez.

EL JEFE.—No... (*Sonríe*) Siéntese.

DANIEL.—No le entiendo. Yo oculté a míster Brummell a la justicia. Se ha matado en mi casa.

EL JEFE.—(*Gravemente*) Sí, ha ocultado usted un estafador a la justicia. Es usted su cómplice... Usted también ha delinquido. Pero esperemos. Su caso es excepcional. Pasará el tiempo. Los jueces, en su día, apreciarán todas las circunstancias excepcionales de este suceso extraordinario... (*Transición*) ¿Pero quiere usted decirme ahora qué diablos es todo esto? ¿Por qué dedicar su vida y su juventud a esta aventura? Hable de una vez.

DANIEL.—¡Sí! (*Estremeciéndose*) Por un recuerdo...

EL JEFE.—¡Demonio!

DANIEL.—Un recuerdo horrible... De niño vi morir a mi propio padre.

EL JEFE.—¡Ah!

DANIEL.—Fue el hombre que se arrojó un día a las rocas desde lo más alto del rompeolas. ¿Lo recuerda? Yo fui el primero que acudió a su lado. Vi su tremenda derrota de hombre tan cerca, tan cerca, tan repugnante como su cuerpo destrozado. Luego, toda una niñez desesperada. Por las noches, mi madre salía al mirador que daba a la playa. Yo la espiaba cuando ella me creía durmiendo. Y ¡qué horror! No sabrá usted nunca cuánto odio había en los ojos de mi madre mirando al monte maldito, al rompeolas... Usted no sabe qué espantoso es para un niño tener la certidumbre de que va a volverse loco... Yo lo presentía, y cuando pasaron unos años y me sentí fuerte, escapé... Era ya un hombre. Quise dedicar mi vida a esta aventura. ¡Dar un poco de sueño a los desdichados que buscan su propia muerte! Arrancar el dolor de sus almas y darles una mentira alegre, que como todo lo que es alegría, es vida...

EL JEFE.—¡Hijo!

DANIEL.—Pero fui demasiado lejos: inventé nada menos que un amor, sin saber que el amor es el único sueño que no puede ser inventado... ¡Pobre Isabel! Luego, Mary, tan fragante, que me hizo soñar a mí mismo. Y después, usted. Todo perdido...

EL JEFE.—Durante muchos siglos, los poetas escribieron sus sueños... Jamás intentaron vivirlos. Usted fue más poeta y más valiente que ellos. Y por hacer que los demás vivieran alegres, se quedó usted con todo el dolor... *(Transición)* ¡Hum! *(Mostrándole al General, que entra apoyado en Pedrín)* Mire: todo no ha fracasado. Ese sueño suyo vive. Ha triunfado como la vida misma. Está usted orgulloso. ¡Adiós!

DANIEL.—Adiós.

EL JEFE.—Ánimo. Un abrazo. *(Deteniéndose con una grave reverencia ante el mariscal)* ¡Excelencia! *(Y sale)*.

GENERAL.—A ver, Pedrín.

PEDRÍN.—¡Señor!

GENERAL.—*(Más agotado que nunca)* Un papel y una pluma. Escribe. Te dictaré mi manifiesto al ejército...

PEDRÍN.—Sí, señor.

GENERAL.—Pon. *(Voz de arenga)* «¡Soldados! Vuelvo de nuevo a vuestro mando alegre como nunca y lleno de brío... Estoy orgulloso de ser vuestro mariscal. He soportado destierro y dolores con la esperanza de llegar a este día en que el rey premia todos mis afanes». *(Ahogándose de emoción. Cierra los ojos)* ¡Oh, Pedrín!

(Dentro, lejos, una extraña y deliciosa música: es el violín que en el primer acto tocaba el ciegucecito. Y al mismo tiempo, lejos también, la voz de Isabel)

ISABEL.—*(Dentro)* ¡Daniel!

DANIEL.—*(En pie)* ¿Qué?

ISABEL.—¡Daniel!

DANIEL.—¿Oyes?

PEDRÍN.—¡Es la señorita Isabel, señor!

DANIEL.—Ella... Esa música...

ISABEL.—¡Daniel!

(Aparece en la puerta del jardín, trayendo del brazo al ciego, con su melenita blanca alborotada y al viento. Un último fulgor del crepúsculo los ilumina. Isabel viene gozosa, nueva)

Daniel...

DANIEL.—¡Tú! ¡Isabel!

ISABEL.—Mira... *(Mostrándole, triunfal, al mendigo)*.

DANIEL.—¿Qué es esto, Isabel?

ISABEL.—¡Yo lo he salvado, Daniel!

DANIEL.—¡Oh!

ISABEL.—¡Yo! ¡Yo! ¡Qué alegría! Oye. Iba a la ciudad. Pasé por el puente... Él estaba allí... De pronto se quiso tirar al río. Yo corrí. Le sujeté fuerte, fuerte... Como es tan viejecito y ciego, no tuvo fuerzas para resistir... Yo pude más. Se quedó abrazado a mí, llorando. Yo le hablaba, le decía muchas cosas: las mismas que tú me dijiste a mí. Y yo también lloraba... Era de alegría. Porque entonces, mientras le hablaba a él, te estaba comprendiendo a ti. Me pareciste más extraordinario que nunca, más bueno, más fantástico, más milagroso... Mejor que todos los hombres. He sentido qué felicidad es salvar una vida de la muerte...

DANIEL.—¡Isabel!

ISABEL.—He pensado en tu fantasía, que puede hacer feliz al ciegucecito. Y aquí está. Tómallo. Yo te lo traigo... Tú inventarás un sueño para él.

DANIEL.—¡Isabel!

ISABEL.—Hazlo muy feliz... *(Muy emocionada)* Y ojalá que tú seas también dichoso, Daniel...

DANIEL.—¡Isabel!

ISABEL.—¡Adiós!

DANIEL.—¡No te vayas!

ISABEL.—¡Daniel!

DANIEL.—Quédate... Oye. (*Conmovido*) ¿Quieres ayudarme a hacerlos felices a los dos? ¿Quieres, Isabel?

ISABEL.—Pero, entonces..., yo contigo, para siempre. ¿Qué es esto? (*Ruborizada*) Como en los sueños.

DANIEL.—No, más. ¡Mucho más! Tú eres el sueño y la verdad juntos. Eres el amor. ¡Eres la vida!

ISABEL.—¡Chis! No grites... (*Apartándose de la mano y señalando a los dos ancianos. Deliciosamente feliz*) Pueden despertar.

GENERAL.—(*En su mundo*) ¿Dónde estamos, Pedrín?

PEDRÍN.—¿Eh? ¡Ah, sí...! «¡¡Soldados!!».

GENERAL.—«¡Soldados! Pronto me sentiré fuerte y vigoroso y acudiré a vuestro lado... (*Va cayendo el telón lentamente*) A todos, jefes, oficiales, soldados, hijos míos, os saluda vuestro mariscal...»Trae, Pedrín. Ahora, la firma.

PEDRÍN.—(*En pie, taconazo, mano en la sien, firme como un recluta*) ¡A las órdenes de vuestra excelencia, mariscal!

(*Allá en el fondo, en un rincón, el ciego toca su viejo vals*)

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE